
3 1761 08695796 6





OBRAS COMPLETAS

DE

ROSALÍA DE CASTRO

I



OBRAS COMPLETAS

DE

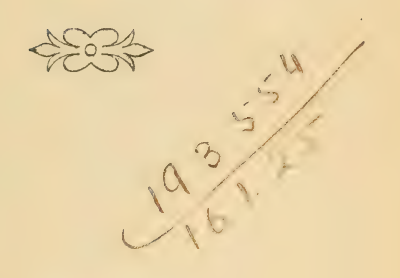
ROSALÍA DE CASTRO

I

EN LAS ORILLAS DEL SAR

PRÓLOGO DE

MANUEL MURGUÍA



MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
Mesonero Romanos, 10.

1909

MADRID.—Imprenta de Perlado, Páez y C.ª, Quintana, 33.

ROSALÍA CASTRO

> *Deus! con se joinel en lui bel*
> *Cuers de lions et cuers d'aignel.*

Cuando la vi encerrada en las cuatro tablas que á todos nos esperan, exclamé: «¡Descansa al fin, pobre alma atormentada, tú que has sufrido tanto en este mundo!»

Y esta exclamación salió tan de lo íntimo, respondió tanto á la emoción del momento, que pudiera decir que fué instintiva. Era imposible otra cosa. Nadie como yo sabía que jamás ojos algunos derramaron en sus días de aflicción lágrimas más amargas que las suyas, ni otro corazón como el suyo soportó en la tierra más duros golpes. El Cielo se apiadó de la infortunada el día de su muerte.

Mas se dirá: ¿acaso no tuvo sus días de felicidad, sus rosadas auroras, la paz y olvido que

diariamente pedía á Dios en sus oraciones? Sí, ciertamente. Sus hijos fueron para su corazón un supremo consuelo, aun cuando la llenaba de terror la idea de que pudiese llegar un tiempo en que tuviesen que sufrir como ella sufría. ¡Oh, esto no! Por lo demás, ingenua y confiada, puestas sus esperanzas en manos de Dios, y confiada en su infinita misericordia, nada la halagaba sino la paz de su casa. La misma gloria no la importaba. Los vanos ruidos del mundo se apagaban á sus puertas, no tan olvidadas como ella quería, ni tan ajenas al tumulto de la vida que no la trajesen temores y sobresaltos, pues nada la asustaba tanto como la posesión de una dicha inesperada. Le parecía que forzosamente debía traer consigo una nueva tormenta.

Soportando ciertas indiferencias que en el alma me dolían, y para ella no pasaban desapercibidas, pues tocaban en los límites de la injusticia, muchas veces le dije que nadie en este mundo haría justicia á su obra, sino yo. Ella me contestaba siempre: «Deja pasar todo; no somos más que sombra de sombras. Dentro de poco, ni mi nombre recordarán. Mas, esto, ¿qué importa á

los que hemos traspasado nuestros límites?» Y era lo cierto, porque á pesar del entusiasmo con que se acogieron sus libros todos, una frialdad dolorosa la envolvía de tal modo, que entre el triunfo alcanzado y la justicia que pedía fuese como era debido, ponía un mundo de distancia. Porque al positivo valor literario de su primer volumen de versos en lengua gallega (1), se unían otras condiciones, no diremos superiores, pero sí muy dignas de tenerse en cuenta para juzgar su libro y la obra de regeneración con él emprendida. Verdadera reveladora del alma de su país, apareció entonces para la generalidad como una más; para muy pocos, como la única. Y así, con una dolorosa facilidad, vinieron para el poeta las mansas injusticias, acompañadas de las limitaciones y pérfidos ejemplos de los que se les suponían iguales, cuando no superiores, con que

(1) Juzgando Canalejas el libro de Rosalía, *Cantares gallegos,* en el artículo que publicó en 1864 en el diario *La Democracia,* lo señaló, no tan sólo como una dichosa aparición, sino que se alargó á juzgarlo como una renovación de la poesía en las fuentes siempre vivas de la inspiración popular.

una mala voluntad trató á su hora de herirla con gran lanzada.

Por fortuna, semejantes contradicciones no la importaban. Le eran indiferentes los triunfos, pues amaba la soledad y el olvido, y si algo podía consolar aquella alma verdaderamente inconsolable, era pensar que tal vez el Cielo le concediese un breve descanso, y aprovecharlo para producir algo que honrase su país y lo hiciese amar á los extraños; algo que dijese, con razón, que cuantos la tenían por la primera, debían tenerla.

Aquel inmortal amigo, por mi desgracia también recién enterrado, é inolvidable su memoria en mi corazón, Curros Enríquez, que con ella compartió más tarde el triunfo y el dolor de los hostigados por la suerte, amaba la obra de Rosalía Castro como la de un precursor y de una hermana. Honrando su alma de poeta, la anteponía á la suya, cuando en realidad eran dos seres gemelos que, heridos por una misma mano, habían soportado igual carga. Mas ella había precedido á todos. Había roto los hielos, recorrido victoriosamente la senda, y con armonioso acen-

to habilitado, la primera, la lengua materna para la expresión de todos los sentimientos, lo mismo los populares que los que pertenecían al alma del inspirado. Y si á esto se añade que, á la vez, había dotado su obra de acentos tan apasionados y de una sinceridad tan grande, que aun se espera quien haya de vencerla en la vehemencia y verdad de los afectos, bien claro dijo que cuantos en su país había caído en suerte el don de expresar sus ideas y sentimientos en versos armoniosos, podrían llegar á ser sus iguales, nunca superiores, pues ella ha tocado en los cielos sin mancha.

Lo que á los demás correspondía; lo que á su tierra y desgracias legendarias que le afligen tocaba directamente, eso era lo que en primer lugar le importaba. Quedaban para los que la amábamos aquellas otras explosiones de amor y de intensa pena que la abrumaban, el saber á qué grandes dolores se refería en sus versos. Los tiene que son amargos gemidos, en cuyas entrañas se encerraba, si puede decirse así, el dolor de los dolores que la abrumaban. Porque si hubo ser sensible que al menor roce se sintiese heri-

do; si hubo alguien que en los momentos de desgracia se irguiese altivo como héroe que antes de caer vencido intenta levantarse y luchar todavía, fué ella. En su sangre circulaba, en sus carnes palpitaba algo de indómito y superior que venía de su raza y que parecía decirle: «¡Muere, pero sé digna de soportar la muerte!» Y en esto pudo haber también quien la igualase, pero no quien le fuese superior. En las grandes familias se ven á cada momento ejemplos de esta índole. Quien hablase á Rosalía, vería que era la mujer más benévola y sencilla, porque en su trato toda era bondad, piedad casi, para los defectos ajenos. Mas cuando la herían, ya como á enemiga, ya como acosada por el infortunio, era tal su dignidad, que pronto hacía sentir al que había inferido la herida todo el peso de su enojo. Pero vanidad, pero ansia de brillar, pero empeño de llenar este ó el otro cenáculo, pero deseo de aparecer como una mujer superior, eso, jamás lo sintió. Todo lo contrario, nada le importaban los triunfos alcanzados; nada el renombre que sobre ella pudiera recaer. Hallábase contenta en la soledad de su casa, tranquila en sus medianías, sa-

tisfecha viendo crecer sus hijos y siendo con ellos dichosa.



¿Qué se podía esperar de una mujer delicada de salud, sensible, que cada emoción la hería hondamente? Que siendo en ella tan sincera la producción literaria, reflejase con toda intensidad el estado de su alma. Así lo hizo. Poeta moderno, fruto del dolor de su tiempo, cuyas carnes herían con largas y penosas vibraciones las penas que la ahogaban y las que veía soportar, ni una sola de sus poesías dejó de ser la viva expresión de la emoción que la embargaba. ¿Cómo extrañar ni la gracia y verdad con que describe en sus versos en gallego las costumbres populares del país (1), ni las emociones que á la hora

(1) Tanto entrañó en sus versos los sentimientos y las costumbres de su pueblo, que entre las diversas composiciones vulgares que recogí vinieron algunas de Rosalía aceptadas como propias por la multitud campesina. En el estudio de Milá y Fontanals acerca de la poesía popular gallega, la 129 y la 131 son de ella. Entre las que publicó más tarde el Sr. Pérez Ballesteros en su *Cancionero,* se hallan también otras como debidas á la musa del

propicia la conmovían, ni la misteriosa vaguedad de unos versos en que dejó impresa para siempre la poderosa huella de su genio? En esto consistió su triunfo. Los hijos de Galicia que, ya bajo los cielos siempre serenos de Cuba, ya en las llanuras de la Argentina, leían á su poeta — sí, á su poeta, pues si los hubo entre nosotros que fuese amado con amor inextinguible, fué Rosalía —, los llevaban en su memoria y en su corazón; con ellos llenaban los abismos de tristeza que les consumía lejos de la tierra natal. En ellos veían reproducidas con entera fidelidad las cosas de la patria por que suspiraban en su destierro. Tan íntima compenetración del poeta con su pueblo fué lo que le dió el nombre merecido de que gozó entre los suyos.



---

pueblo. Lo mismo pasa con algunas que aparecen en la monumental obra de Carolina Michaelis de Vasconcelhos, *Cancioneiro da Ajuda,* como fruto de la inspiración popular, en especial la que se transcribe como oída en Vigo, á la página 933 del tomo II, que puede leerse en los *Cantares gallegos,* aun cuando el vulgo modificó algunas estrofas.

Los antiguos bardos unían al don de la poesía el de la música. Nadie dirá que Rosalía haya hecho otro tanto, mas yo afirmo que si hubiera querido, le sería fácil. Era un temperamento por entero musical. De haber tenido una educación á propósito, hubiera sido una tan gran compositora como fué gran poeta. Á semejante condición debió sin duda que, sin intención — y no como un motivo de simple técnica—, obedeciendo tan sólo á la cadencia, que era en ella una facultad dominante, hubiese sido la primera en España á romper con la métrica usual en su tiempo. Causó su innovación tanta sorpresa, que su libro *En las orillas del Sar* fué, por de pronto, mirado, desde este punto de vista, como un atrevimiento indisculpable, por unos; para los más, como un enigma. Todos se detuvieron para juzgarlo, concluyendo por confesar que las nuevas combinaciones de que hacía alarde, ni las admitía la costumbre, ni las comprendía su oído. Sin embargo de ello, las dudas fueron de un momento. Los que rechazaban la novedad y los que con ella asentían callaron, pero pronto vinieron otros que, rompiendo también con lo establecido, la

siguieron en la innovación, y quedó ésta sancionada.

Aun cuando había en ello alguna gloria para quien había hecho tan importante conquista, ni se advirtió el triunfo, ni gozó de él la infortunada. Se necesitó que un joven escritor de nuestros días, dolido de la injusticia, se adelantase á quejarse del hecho, proclamándola como *precursora* de la reforma por ella iniciada sencilla, instintivamente, sin ánimo de constituir escuela, y sólo porque, como tan gran música, le estaba permitido romper con los viejos moldes, ensanchando los dominios de la métrica castellana. En pago, sin pararse en más, la crítica de entonces le echó en cara, como una gran falta, la de *adoptar metros inusitados y combinaciones nuevas,* en lo cual, ciertamente, no había pecado alguno.

Por su mal, en esto como en todo necesitó que la muerte la tomase para sí, empezando desde ese momento la forzosa reparación de los olvidos é indiferencias con que algunas almas mezquinas trataron de envolverla antes, después, á todas horas. Porque en cuanto á ver amada su obra de consuelo por sus paisanos ausentes, en

especial por los pobres desterrados en América, de ese sí que gozó en toda su plenitud. Nada pudo hacerlo menos. Á ellos debió en vida el cariño y entusiasmo con que recibían sus obras; á ellos el único amparo que tuvo en sus días de amargura; á ellos, casi, el monumento en que descansa. Fué triunfo que ninguna mala voluntad pudo hacer menos — cuando trataron de sus versos en gallego —, ni aun la de aquellos que se apresuraron á amenguarlo, no hallando en los frutos de su inspiración más que asuntos secundarios de escaso empeño y mérito relativo, porque, según ellos, cuanto toca á la gente campesina era de por sí misma inferior, y el lenguaje en que se expresaba el poeta, inferior también. Mas viéndola después escribir sus versos en castellano, rompiendo victoriosamente los viejos moldes de la métrica castellana, entonces se aprovecharon de la sorpresa que causó la novedad, para herirla, haciendo menos la esencia que encerraban como en vaso sellado.



Casi se negó á Lamartine el derecho á recordar á su madre y ensalzarla con el amor y cariño que una madre merece. ¿Qué no se diría de un marido que, hablando de su esposa, lo hiciese con el interés que la realidad de los hechos y la pasión pondría en sus labios? No me dejarían siquiera repetir las palabras de Daudet, refiriéndose á su bien amada compañera: «¡Y es tan buena, tan sencilla, tan poco literata!...» Y por cierto, que si á alguna otra escritora pudiera aplicarse tan breve como envidiable triunfo, á ninguna con mayor justicia que á Rosalía.

Confieso que sería para mí como cosa sagrada hablar con toda extensión de quien en este mundo fué tan buena, tan modesta, y conmigo en conformidad con la desgracia, que ni en sus mayores tribulaciones salió de sus labios una queja, ni le faltó jamás el valor para arrostrar las penas que le devoraban cuerpo y alma. Es más: si fuera preciso, no temería atraer sobre mí los juicios contrarios, con tal que no la hiriesen al mismo tiempo. Mas ella no merecía esta nueva prueba. Igual á aquellas puras almas de mujer que en la soledad del claustro y en el rigor de sus

austeridades dejaron al mundo el perdurable ejemplo de su santidad, dejó ella entre los suyos el de su valor para soportar las amarguras, las injusticias que hicieron sangrar su corazón. ¿Cómo han de ir las que se llamarían indiscreciones del marido á renovar las mal cerradas llagas, cuando ya goza de la paz de la muerte?

Habrá, sin embargo, quien diga: «Cállese cuanto se refiere á la mujer de su casa; á nosotros nos basta saber cuanto importa á la escritora. Olvide cuanto á él toca, y háblenos de lo que desean saber los demás.» En realidad así debiera hacerse, si las presentes líneas fuesen algo más que un doloroso recuerdo. Después de los años que reposa en su sepulcro, y borrado todo rastro, no es extraño que para juzgar su obra se desee penetrar en lo oculto de su vida. Por fortuna, si son desconocidos, si para todos están olvidados los hechos y hasta la memoria de ellos, quien pretenda penetrar en lo íntimo de aquel vaso de elección, si se permite decirlo así, puede leer sus versos. En ellos se refleja su alma y el alma colectiva de su país. Transparentan las penas que la afligieron y las amarguras so-

portadas con aquel estoicismo que la hizo exclamar: «San Agustín dice que Dios no manda amar las tribulaciones, sino sufrirlas; y esto es muy lógico», añadía en una de sus cartas, escritas en momentos de prueba.

¡Y bien hondas é inacabables las sufrió la infortunada!

*
* *

Después de todo, la vida de una mujer, por muy ilustre que sea, es siempre bien sencilla. La de Rosalía, como la de cuantas se hallan en su caso, se limita á dos fechas: la de su nacimiento y la de su muerte; lo demás sólo importa á los suyos. Nació nuestra escritora en Santiago de Galicia el 21 de febrero de 1837, y falleció en Iria (Padrón) el 15 de julio de 1885. ¡Breve existencia en verdad! La muerte la hirió en la plenitud de la vida, cuando, libre al fin de los cuidados del para ella dulcísimo yugo de la crianza de sus hijos, podía prometerse un descanso. *Boa tea fia quen seus fillos cria,* dice el adagio gallego, y en verdad que nadie podía decirlo como ella,

pues todo su amor, todo su cuidado, todos sus afanes, puso en la crianza de aquellos hijos de su corazón, quienes no le dejaban momento libre para otra cosa. ¡Santo ministerio, ocupación amorosísima!

En su indiferencia por los triunfos literarios, nada le importaba que éstos se apagasen. Confiaba, sin embargo, en que no habiendo dicho todavía todo de lo que se sentía capaz, aun podría aprovechar el descanso y quietud que debían llenar sus horas, cuando en la plenitud de sus facultades, dueña de sus «gloriosos empeños», le fuese posible producir y legar á la posteridad los logrados frutos de su genio. No lo quiso el Cielo. Al cerrar sus ojos para siempre, pudo muy bien exclamar, pues estaba por entero en conformidad con ellas, estas amargas palabras: «¡Oh desgraciada raza humana!: el reposo te es desconocido y solamente gozas de él cuando devoras el polvo del sepulcro. ¡Amargo, amargo es este reposo! ¡Duerme, difunto! ¡Llora tú, el que sobrevives!»

*
* *

En el eterno reposo, muchos de los suyos le habían precedido. En el cementerio en que tuvo momentáneo asilo descansaban mezclados con los que habían sido sus servidores. Nada los diferenciaba. Unidos, igualados por la muerte, el señor y el campesino dormían el mismo sueño en una misma tierra.

Desde las ventanas de su casa veía Rosalía el atrio y los olivos que lo sombreaban, y dirigía diariamente hacia aquellas soledades sus recuerdos y sus oraciones, bien ajena, por cierto, de que pronto hallaría allí su sepultura. Poco tiempo antes, como quien une en un santo amor la memoria y los afectos pasados, quiso que se cantase una misa por todos ellos en aquella iglesia solitaria — ella también ejemplo de lo pasajeras de las grandezas humanas —, y allá fué á oirla. Yo la vi marchar rodeada de todos sus hijos, por la vía inundada de sol, de paz y de la hermosura de que están llenos unos campos que amó como si le hubiesen tocado en herencia. Al salir del templo besó una sepultura y con ella cuantas en el atrio encerraban algo suyo, y entró después en su casa contenta porque había orado por los que

tenían en su corazón y eran de su sangre, derecho á sus plegarias.



No muy lejos de aquellos lugares, para ella sagrados, al pie del «altivo Miranda», se levanta la casa solariega de los de Castro, en donde arraigó la noble estirpe de la cual procedía. Puede afirmarse que allí nació Juan Rodríguez de Padrón, el primer poeta que tuvo Galicia en el siglo XVI, así como ella lo fué en el XIX. Todavía se conserva en el viejo palacio un arco ojivo que declara la antigüedad del solar y el poder que desde aquella morada se ejerció en otros tiempos. Como suyo le tuvo el glorioso autor de *El siervo libre de amor,* en cuyas páginas se halla la primera, exacta, más cariñosa y más importante de las descripciones de los campos que rodean la vieja Iria, á la manera que *En las orillas del Sar* se recuerdan y ensalzan en versos inimitables.

Y era que en su sangre llevaba el amor á aquellos lugares y gentes que los poblaban. Gracias á este sentimiento que dominaba todo su ser,

instintivamente asimilaba cuanto había en lo exterior y le interesaba por modo excepcional. Así sorprendía y expresaba — con el poder de una victoriosa sugestión — los misterios del alma campesina. ¿Quiénes habían sido los que desde lo alto del viejo palacio de la Arreten habían dominado sobre aquellos campos? Lo ignoraba. Sabía que era cosa suya y los ponía á su lado. Ajena á todo género de vanidades, esto le bastaba.

Aun sin ello, cuanto la rodeaba venía á cada momento á hablarla de sus horas felices y de lo que interesaba á su corazón. Recordándola las dichas pasadas y las penas que la atormentaban, unía en su memoria los gloriosos hechos de sus antepasados y el abismo de dolor en que había caído. Y pues aquellas soledades y hombres que las hacían fértiles las veía como cosa propia—en la conmiseración que la inspiraban—, vertía toda su alma. En tan gran piedad envolvió á cuantos sufrían en su tierra las inclemencias del cielo y las del infortunio.

Su obra fué por ello una obra de piedad y de renovación. Aplaudida, amada, es en realidad una

reivindicación de la tierra gallega. ¿Cómo extrañar que su nombre fuera citado á cada momento con verdadero cariño, cuando sus versos, impregnados de los sentimientos populares, fueron aceptados por la musa campesina y sellados por la gente iletrada con sello imborrable? Esta compenetración de su obra con el alma de su gente fué desde el primer momento tan visible, que un poeta de su tierra, de su barrio casi, pudo decir con verdad en la hermosa composición que le dedicó (1):

Todo el genio de su raza palpitaba en sus endechas;
Eran bellas... ¡y á las almas se prendieron como flechas!
Eran santas... ¡y Galicia de rodillas las oyó!



Á pesar de ello, estaba escrito que las demostraciones de estimación pública y las de los que más la distinguían no habían de llegar todas á su

(1) Alejandro Miguens Parrado, en la hermosa poesía en elogio de su paisana publicada en el *Almanaque Gallego* de Buenos Aires para el año de 1909.

conocimiento, ni á su hora, ni á su corazón. El mismo día de su muerte se recibió en su casa *La Rassegna Nazionale,* notable revista de Florencia, que contenía un breve, pero notable juicio de sus poesías castellanas *En las orillas del Sar,* recientemente publicadas. «Vorremmo, decía, che qualche gentil donna italiana ce ne regalase una traduzione, per che solo una donna può degnamente intendere e interpretare cosi pura ed eletta poesia.» Y esto cuando en España el más benévolo de sus críticos, reflejando sinceramente la opinión de los que se tenían por entendidos, consignaba en un artículo que se había «encontrado en sus composiciones algo á que no se hallaba acostumbrado su oído y las han acusado de falta de armonía».

Se necesitó que pasasen más de veinte años para que al fin se le hiciese justicia y se la señalase como *La Precursora* en un estudio en que, abordando el tema de la modificación que sufrió en estos días casi la antigua métrica castellana, que ella había iniciado, y para que en el artículo en cuestión se añadiese que el volumen de sus versos castellanos «es uno de los más singulares

de nuestra poesía», es decir, de la poesía española.

Sin duda no bastaban las contrariedades sufridas y hubo de soportarlas mayores para su corazón. Las páginas que le hemos consagrado en nuestro libro *Los Precursores,* no supo siquiera que se habían escrito. Pensaba sorprenderla con ellas, y sólo sirvieron para decir el día de su muerte lo que perdía Galicia al desaparecer para siempre aquella alma verdaderamente superior. Hubiera sido dichosa leyéndolas, y no se lo permitió su mala fortuna. Sería para ella un gran consuelo, y no lo tuvo. Así todo en su vida.



Los meses que siguieron en aquel verano, tan lleno para mí de esperanzas que se desvanecían y de temores á cada paso renovados, fueron dolorosos para los suyos, que nos negábamos á creer lo que estaba dispuesto. También lo fué para la infortunada, pues se sentía morir. Aun cuando su postración decía á todos que pronto la perderíamos, nos parecía imposible que llega-

se ese instante. En ocasiones, hasta ella misma, cansada de sufrir, esperaba un milagro. Habiéndose visto tantas veces al pie del sepulcro, esperaba una vez más escapar al peligro; que el Cielo no podía herir tan cruelmente á los que quería con toda su alma y cuya separación veía tan cerca. Aun en esos momentos de angustia, aquella mujer heroica tenía valor para ocultar sus padecimientos, abriendo su alma á la esperanza, más por los suyos, que dejaba en el mayor desamparo, que por ella, pues harto conocía que le faltaban pocos días.

Antes de caer para no levantarse más; antes de aceptar resignada el doloroso calvario con que el Cielo quiso probarla, marchó á Carril con los suyos. Quería ver el mar antes de morir: el mar que había sido siempre, en la Naturaleza, su amor predilecto. Pero en aquellas orillas que le recordaban otras horas felices, se sintió ya tan rendida, que apenas podía dejar su aposento y sentarse á la tarde—antes que el sol se hundiese por completo en las aguas—sobre las piedras del malecón, aspirar los aires salobres y contemplar los ardientes cielos de estío que iluminaban el

Poniente. Un mundo de recuerdos la llenaban, y las involuntarias tristezas, que como ráfagas doloridas pasaban ante sus ojos, se templaban para ella viendo á sus hijas reemplazarla en el mundo. Como se había casado joven, Dios le daba el consuelo de verlas crecidas y ser como un rayo de su misma juventud.

El día que abandonó el puerto, esperando el carruaje que debía conducirla á la estación, se impacientó porque tardaba en llegar. Ocurriósenos que lo mejor era, aunque breve el trayecto, que fuese por mar. Para ella constituyó tal contratiempo un descanso y una distracción inesperada, aunque llena de los vagos temores que acosan á los que tienen su fin ante la vista. Así y todo, el aire y los rumores de la playa animaron su semblante y nunca me pareció más imposible lo que esperábamos, cuando en pie, abierta la portezuela del vagón, iluminando el sol su rostro animado por la fatiga, en medio de sus hijas, joven todavía, sonriente siempre con los que la rodeaban, la despedían y no habían de verla más, esperaba el momento de ponerse el tren en marcha. Un dulce rayo de paz, un soplo de otros días

felices que yo conocía tanto, me dió por el momento, no la esperanza, la seguridad de que no nos abandonaría tan pronto.

No así á las buenas almas que se despedían de ella y tenían una más segura certeza del temido desenlace. Y tanto fué así, que no la dejaron marchar sola, sino que quisieron acompañarla hasta su casa. En su compañía fueron hasta que la dejaron en su soledad, en medio del jardín cuidado por sus manos, y entregada al amor de los suyos. ¡Dios bendiga á quienes tanto hicieron sin tener en cuenta que acompañaban á una buena, á una santa amiga! No sabían siquiera cuán nobles, cuán gloriosas facultades se extinguirían al morir aquélla, en quien puede decirse que estuvieron representadas todas las grandes cualidades de la mujer gallega.



Decir ahora cuán amargas fueron las horas de su agonía; hablar de lo que bajo aquel techo de angustias se sufrió por la que soportaba el dolor y por los que la amaban y veían soportarlo, es

ya imposible. No se levanta el velo que cae sobre un sepulcro amado sin sentir que se remuevan en el corazón las inquietudes y las emociones que las contrariedades tienden en tales momentos sobre cuanto nos rodea...

MANUEL MURGUÍA.

* * *

Aunque no alcancen gloria,
Pensé escribiendo libro tan pequeño,
Son fáciles y breves mis canciones,
Y acaso alcancen mi anhelado sueño.
Pues bien puede guardarlas la memoria
Tal como pese al tiempo y la distancia
Y al fuego asolador de las pasiones
Sabe guardar, las que aprendió en la infancia,
Cortas, pero fervientes oraciones.
Por eso son, aunque no alcancen gloria,
Tan fáciles y breves mis canciones.

ORILLAS DEL SAR

I

Á través del follaje perenne
Que oir deja rumores extraños,
Y entre un mar de ondulante verdura,
Amorosa mansión de los pájaros,
Desde mis ventanas veo
El templo que quise tanto.

El templo que tanto quise...
Pues no sé decir ya si le quiero,
Que en el rudo vaivén que sin tregua
Se agitan mis pensamientos,
Dudo si el rencor adusto
Vive unido al amor en mi pecho.

II

¡Otra vez! Tras la lucha que rinde
Y la incertidumbre amarga
Del viajero que errante no sabe
Dónde dormirá mañana,

En sus lares primitivos
Halla un breve descanso mi alma.

Algo tiene este blando reposo
De sombrío y de halagüeño,
Cual lo tiene en la noche callada
De un ser amado el recuerdo,
Que de negras traiciones y dichas
Inmensas, nos habla á un tiempo.

Ya no lloro..., y no obstante, agobiado
Y afligido mi espíritu, apenas
De su cárcel estrecha y sombría
Osa dejar las tinieblas
Para bañarse en las ondas
De luz que el espacio llenan.

Cual si en suelo extranjero me hallase
Tímida y hosca, contemplo
Desde lejos los bosques y alturas
Y los floridos senderos,
Donde en cada rincón me aguardaba
La esperanza sonriendo.

III

Oigo el toque sonoro que entonces
Á mi lecho á llamarme venía
Con sus ecos, que el alba anunciaban;

Mientras cual dulce caricia
Un rayo de sol dorado
Alumbraba mi estancia tranquila.

Puro el aire, la luz sonrosada,
¡Qué despertar tan dichoso!
Yo veía entre nubes de incienso
Visiones con alas de oro
Que llevaban la venda celeste
De la fe sobre sus ojos...

Ese sol es el mismo, mas ellas
No acuden á mi conjuro;
Y á través del espacio y las nubes,
Y del agua en los limbos confusos,
Y del aire en la azul transparencia,
¡Ay!, ya en vano las llamo y las busco.

Blanca y desierta la vía
Entre los frondosos setos
Y los bosques y arroyos que bordan
Sus orillas, con grato misterio
Atraerme parece y brindarme
Á que siga su línea sin término.

Bajemos, pues, que el camino
Antiguo nos saldrá al paso,
Aunque triste, escabroso y desierto,

Y cual nosotros cambiado,
Lleno aún de las blancas fantasmas
Que en otro tiempo adoramos.

IV

Tras de inútil fatiga, que mis fuerzas agota,
Caigo en la senda amiga, donde una fuente brota
Siempre serena y pura;
Y con mirada incierta, busco por la llanura
No sé qué sombra vana ó qué esperanza muerta,
No sé qué flor tardía de virginal frescura
Que no crece en la vía arenosa y desierta.

De la obscura *Trabanca* tras la espesa arboleda,
Gallardamente arranca al pie de la vereda
La Torre y sus contornos cubiertos de follaje,
Prestando á la mirada descanso en su ramaje
Cuando de la ancha vega, por vivo sol bañada,
Que las pupilas ciega,
Atraviesa el espacio, gozosa y deslumbrada.

Como un eco perdido, como un amigo acento
Que suena cariñoso,
El familiar chirrido del carro perezoso
Corre en alas del viento, y llega hasta mi oído
Cual en aquellos días hermosos y brillantes
En que las ansias mías eran quejas amantes,
Eran dorados sueños y santas alegrías.

Ruge la *Presa* lejos..., y de las aves nido
Fondons cerca descansa;
La cándida abubilla bebe en el agua mansa,
Donde un tiempo he creído de la esperanza hermosa
Beber el néctar sano, y hoy bebiera anhelosa
Las aguas del olvido, que es de la muerte hermano;
Donde de los vencejos que vuelan en la altura
La sombra se refleja,
Y en cuya linfa pura, blanco el nenúfar brilla
Por entre la verdura de la frondosa orilla.

V

¡Cuán hermosa es tu vega! ¡Oh Padrón! ¡Oh Iria
Mas el calor, la vida juvenil y la savia [Flavia!
Que extraje de tu seno,
Como el sediento niño el dulce jugo extrae
Del pecho blanco y lleno,
De mi existencia obscura en el torrente amargo
Pasaron, cual barridas por la inconstancia ciega,
Una visión de armiño, una ilusión querida,
Un suspiro de amor.

De tus suaves rumores la acorde consonancia,
Ya para el alma yerta, tornóse bronca y dura
Á impulsos del dolor;
Secáronse tus flores de virginal fragancia,
Perdió su azul tu cielo, el campo su frescura,
El alba su candor.

La nieve de los años, de la tristeza el hielo
Constante, al alma niegan toda ilusión amada,
Todo dulce consuelo.
Sólo los desengaños preñados de temores
Y de la duda el frío,
Avivan los dolores que siente el pecho mío;
Y ahondando mi herida,
Me destierran del cielo, donde las fuentes brotan
Eternas de la vida.

VI

¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella
Viendo cuán triste brilla nuestra fatal estrella,
Del Sar cabe la orilla,
Al acabarme, siento la sed devoradora
Y jamás apagada que ahoga el sentimiento,
Y el hambre de justicia, que abate y que anonada
Cuando nuestros clamores los arrebata el viento
De tempestad airada.

Ya en vano el tibio rayo de la naciente aurora
Tras del *Miranda* altivo,
Valles y cumbres dora con su resplandor vivo;
En vano llega mayo de sol y aromas lleno,
Con su frente de niño de rosas coronada,
Y con su luz serena:
En mi pecho ve juntos el odio y el cariño,

Mezcla de gloria y pena,
Mi sien por la corona del mártir agobiada
Y para siempre frío y agotado mi seno.

VII

Ya que de la esperanza para la vida mía
Triste y descolorido ha llegado el ocaso,
Á mi morada obscura, desmantelada y fría
Tornemos paso á paso,
Porque con su alegría no aumente mi amargura
La blanca luz del día.

Contenta el negro nido busca el ave agorera,
Bien reposa la fiera en el antro escondido,
En su sepulcro el muerto, el triste en el olvido,
Y mi alma en su desierto.

* * *

Los unos altísimos,
Los otros menores,
Con su eterno verdor y frescura,
Que inspira á las almas
Agrestes canciones,
Mientras gime al rozar con las aguas
La brisa marina, de aromas salobres,
Van en ondas subiendo hacia el cielo
Los pinos del monte.

De la altura la bruma desciende
Y envuelve las copas
Perfumadas, sonoras y altivas
De aquellos gigantes
Que el *Castro* coronan;
Brilla en tanto á sus pies el arroyo
Que alumbra risueña
La luz de la aurora,
Y los cuervos sacuden sus alas,
Lanzando graznidos
Y huyendo la sombra.

El viajero, rendido y cansado,
Que ve del camino la línea escabrosa
Que aún le resta que andar, anhelara,
Deteniéndose al pie de la loma,
De repente quedar convertido
En pájaro ó fuente,
En árbol ó en roca.

*
* *

Era apacible el día
Y templado el ambiente,
Y llovía, llovía,
Callada y mansamente;
Y mientras silenciosa
Lloraba yo y gemía,
Mi niño, tierna rosa,
Durmiendo se moría.
Al huir de este mundo, ¡qué sosiego en su frente!
Al verle yo alejarse, ¡qué borrasca en la mía!

Tierra sobre el cadáver insepulto
Antes que empiece á corromperse..., ¡tierra!
Ya el hoyo se ha cubierto, sosegaos,
Bien pronto en los terrones removidos
Verde y pujante crecerá la hierba.

¿Qué andáis buscando en torno de las tumbas,
Torvo el mirar, nublado el pensamiento?

¡No os ocupéis de lo que al polvo vuelve!...
Jamás el que descansa en el sepulcro
Ha de tornar á amaros ni á ofenderos.

¡Jamás! ¿Es verdad que todo
Para siempre acabó ya?
No, no puede acabar lo que es eterno,
Ni puede tener fin la inmensidad.

Tú te fuiste por siempre; mas mi alma
Te espera aún con amoroso afán,
Y vendrás ó iré yo, bien de mi vida,
Allí donde nos hemos de encontrar.

Algo ha quedado tuyo en mis entrañas
Que no morirá jamás,
Y que Dios, porque es justo y porque es bueno,
Á desunir ya nunca volverá.
En el cielo, en la tierra, en lo insondable
Yo te hallaré y me hallarás.
No, no puede acabar lo que es eterno,
Ni puede tener fin la inmensidad.

— Mas... es verdad — ha partido,
Para nunca más tornar.
Nada hay eterno para el hombre, huésped
De un día en este mundo terrenal,

En donde nace, vive y al fin muere,
Cual todo nace, vive y muere acá.

*
* *

Una luciérnaga entre el musgo brilla
Y un astro en las alturas centellea,
Abismo arriba, y en el fondo abismo;
¿Qué es al fin lo que acaba y lo que queda?

En vano el pensamiento
Indaga y busca en lo insondable, ¡oh ciencia!
Siempre al llegar al término, ignoramos
Qué es al fin lo que acaba y lo que queda.

Arrodillada ante la tosca imagen,
Mi espíritu, abismado en lo infinito,
Impía acaso, interrogando al cielo
Y al infierno á la vez, tiemblo y vacilo.
¿Qué somos? ¿Qué es la muerte? La campana
Con sus ecos responde á mis gemidos
Desde la altura, y sin esfuerzo el llanto
Baña ardiente mi rostro enflaquecido.
¡Qué horrible sufrimiento! ¡Tú tan sólo
Lo puedes ver y comprender, Dios mío!

¿Es verdad que lo ves? Señor, entonces,
Piadoso y compasivo

Vuelve á mis ojos la celeste venda
De la fe bienhechora que he perdido,
Y no consientas, no, que cruce errante
Huérfana y sin arrimo,
Acá abajo los yermos de la vida,
Más allá las llanadas del vacío.

Sigue tocando á muerto—y siempre mudo
É impasible el divino
Rostro del Redentor, deja que envuelto
En sombras quede el humillado espíritu.
Silencio siempre; únicamente el órgano
Con sus acentos místicos
Resuena allá de la desierta nave
Bajo el arco sombrío.

Todo acabó quizás, menos mi pena,
Puñal de doble filo;
Todo, menos la duda que nos lanza
De un abismo de horror en otro abismo.

Desierto el mundo, despoblado el cielo,
Enferma el alma y en el polvo hundido
El sacro altar en donde
Se exhalaron fervientes mis suspiros,
En mil pedazos roto
Mi Dios, cayó al abismo,
Y al buscarle anhelante, sólo encuentro
La soledad inmensa del vacío.

De improviso los ángeles
Desde sus altos nichos
De mármol, me miraron tristemente
Y una voz dulce resonó en mi oído:
«Pobre alma, espera y llora
Á los pies del Altísimo;
Mas no olvides que al cielo
Nunca ha llegado el insolente grito
De un corazón que de la vil materia
Y del barro de Adán formó sus ídolos.»

*
* *

Adivínase el dulce y perfumado
Calor primaveral;
Los gérmenes se agitan en la tierra
Con inquietud en su amoroso afán,
Y cruzan por los aires, silenciosos,
Átomos que se besan al pasar.

Hierve la sangre juvenil; se exalta
Lleno de aliento el corazón, y audaz
El loco pensamiento sueña y cree
Que el hombre es, cual los dioses, inmortal.
No importa que los sueños sean mentira,
Ya que al cabo es verdad
Que es venturoso el que soñando muere,
Infeliz el que vive sin soñar.

¡Pero qué aprisa en este mundo triste
Todas las cosas van!
¡Que las domina el vértigo creyérase!...
La que ayer fué capullo, es rosa ya,
Y pronto agostará rosas y plantas
El calor estival.

***

Candente está la atmósfera;
Explora el zorro la desierta vía;
Insalubre se torna
Del limpio arroyo el agua cristalina,
Y el pino aguarda inmóvil
Los besos inconstantes de la brisa.

Imponente silencio
Agobia la campiña;
Sólo el zumbido del insecto se oye
En las extensas y húmedas umbrías;
Monótono y constante
Como el sordo estertor de la agonía.

Bien pudiera llamarse, en el estío,
La hora del mediodía,
Noche en que al hombre de luchar cansado
Más que nunca le irritan,
De la materia la imponente fuerza
Y del alma las ansias infinitas.

Volved, ¡oh noches del invierno frío,
Nuestras viejas amantes de otros días!
Tornad con vuestros hielos y crudezas
Á refrescar la sangre enardecida
Por el estío insoportable y triste...
¡Triste!... ¡Lleno de pámpanos y espigas!
Frío y calor, otoño ó primavera,
¿Dónde..., dónde se encuentra la alegría?
Hermosas son las estaciones todas
Para el mortal que en sí guarda la dicha;
Mas para el alma desolada y huérfana,
No hay estación risueña ni propicia.



Un manso río, una vereda estrecha,
Un campo solitario y un pinar,
Y el viejo puente rústico y sencillo
Completando tan grata soledad.

¿Qué es soledad? Para llenar el mundo
Basta á veces un solo pensamiento.
Por eso hoy, hartos de belleza, encuentras
El puente, el río y el pinar desiertos.

No son nube ni flor los que enamoran;
Eres tú, corazón, triste ó dichoso,
Ya del dolor y del placer el árbitro,
Quien seca el mar y hace habitable el polo.

*
* *

— Detente un punto, pensamiento inquieto;
La victoria te espera,
El amor y la gloria te sonríen.
¿Nada de esto te halaga ni encadena?
— Dejadme solo y olvidado y libre;
Quiero errante vagar en las tinieblas;
Mi ilusión más querida
Sólo allí dulce y sin rubor me besa.

*
* *

Moría el sol, y las marchitas hojas
De los robles, á impulso de la brisa,
En silenciosos y revueltos giros
Sobre el fango caían :
Ellas, que tan hermosas y tan puras
En el abril vinieran á la vida.

Ya era el otoño caprichoso y bello :
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!
Pues en la tumba de las muertas hojas
Vieron sólo esperanzas y sonrisas.

Extinguióse la luz : llegó la noche
Como la muerte y el dolor, sombría;
Estalló el trueno, el río desbordóse
Arrastrando en sus aguas á las víctimas;

Y murieron dichosas y contentas...
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!

*
* *

Del rumor cadencioso de la onda
Y el viento que muge;
Del incierto reflejo que alumbra
La selva ó la nube;
Del piar de alguna ave de paso;
Del agreste ignorado perfume
Que el céfiro roba
Al valle ó á la cumbre,
Mundos hay donde encuentran asilo
Las almas que al peso
Del mundo sucumben.

MARGARITA

I

¡Silencio, los lebreles
De la jauría maldita!
No despertéis á la implacable fiera
Que duerme silenciosa en su guarida.
¿No veis que de sus garras
Penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron aullando los lebreles...
— ¡Los malos pensamientos homicidas! —
Y despertaron la temible fiera...
— ¡La pasión que en el alma se adormía! —
Y ¡adiós!, en un momento,
¡Adiós gloria y honor, reposo y dicha!

II

Duerme el anciano padre, mientras ella
Á la luz de la lámpara nocturna
Contempla el noble y varonil semblante
Que un pesado sueño abruma.

Bajo aquella triste frente
Que los pesares anublan,
Deben ir y venir torvas visiones,
Negras hijas de la duda.

Ella tiembla..., vacila y se estremece...
¿De miedo acaso, ó de dolor y angustia?
Con expresión de lástima infinita,
No sé qué rezos murmura.
Plegaria acaso santa, acaso impía,
Trémulo el labio á su pesar pronuncia,
Mientras dentro del alma la conciencia
Contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible
Librada ante la víctima, que muda
Duerme el sueño intranquilo de los tristes
Á quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella,
Que abandona la estancia, entre las brumas
De la noche se pierde, y torna al alba,
Ajado el velo..., en su mirar la angustia.

Carne, tentación, demonio,
¡Oh!, ¿de cuál de vosotros es la culpa?
¡Silencio!... El día soñoliento asoma
Por las lejanas alturas,

Y el anciano despierto, ella risueña,
Ambos su pena ocultan,
Y fingen entregarse indiferentes
Á las faenas de su vida obscura.

III

La culpada calló, mas habló el crimen...
Murió el anciano, y ella, la insensata,
Siguió quemando incienso en su locura,
De la torpeza ante las negras aras,
Hasta rodar en el profundo abismo
Fiel á su mal, de su dolor esclava.

¡Ah! Cuando amaba el bien, ¿cómo así pudo
Hacer traición á su virtud sin mancha,
Malgastar las riquezas de su espíritu,
Vender su cuerpo, condenar su alma?
Es que en medio del vaso corrompido
Donde su sed ardiente se apagaba,
De un amor inmortal, los leves átomos
Sin mancharse, en la atmósfera flotaban.

* * *

Sedientas las arenas, en la playa
Sienten del sol los besos abrasados,
Y no lejos, las ondas siempre frescas,
Ruedan pausadamente murmurando.
Pobres arenas, de mi suerte imagen;
No sé lo que me pasa al contemplaros,
Pues como yo sufrís, secas y mudas,
El suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe?... Acaso luzca un día
En que, salvando misteriosos límites,
Avance el mar y hasta vosotras llegue
Á apagar vuestra sed inextinguible.
¡Y quién sabe también si tras de tantos
Siglos de ansias y anhelos imposibles
Saciará al fin su sed el alma ardiente
Donde beben su amor los serafines!

LOS TRISTES

I

De la torpe ignorancia que confunde
Lo mezquino y lo inmenso;
De la dura injusticia del más alto,
De la saña mortal de los pequeños,
No es posible que huyáis cuando os conocen
Y os buscan, como busca el zorro hambriento
Á la indefensa tórtola en los campos;
Y al querer esconderos
De sus cobardes iras, ya en el monte,
En la ciudad ó en el retiro estrecho,
¡Ahí va!, exclaman. *¡Ahí va!*, y allí os insultan
Y señalan con íntimo contento,
Cual la mano implacable y vengativa
Señala al triste y fugitivo reo.

II

Cayó por fin en la espumosa y turbia
Recia corriente, y descendió al abismo
Para no subir más á la serena

Y tersa superficie. En lo más íntimo
Del noble corazón ya lastimado
Resonó el golpe doloroso y frío
Que ahogando la esperanza
Hace abatir las ánimos altivos;
Y plegando las alas torvo y mudo,
En densa niebla se envolvió su espíritu.

III

Vosotros, que lograsteis vuestros sueños,
¿Qué entendéis de sus ansias malogradas?
Vosotros, que gozasteis y sufristeis,
¿Qué comprendéis de sus eternas lágrimas?
Y vosotros, en fin, cuyos recuerdos
Son como niebla que disipa el alba,
¡Qué sabéis del que lleva de los suyos
La eterna pesadumbre sobre el alma!

IV

Cuando en la planta con afán cuidada
La fresca yema de un capullo asoma,
Lentamente arrastrándose entre el césped,
Le asalta el caracol y la devora.

Cuando de un alma atea,
En la profunda obscuridad medrosa
Brilla un rayo de fe, viene la duda
Y sobre él tiende su gigante sombra.

V

En cada fresco brote, en cada rosa erguida,
Cien gotas de rocío brillan al sol que nace;
Mas él ve que son lágrimas que derraman los tristes
Al fecundar la tierra con su preciosa sangre.

Henchido está el ambiente de agradables aromas,
Las aguas y los vientos cadenciosos murmuran;
Mas él siente que rugen con sordo clamoreo
De sofocados gritos y de amenazas mudas.

¡No hay duda! De cien astros nuevos, la luz ra-
[diante
Hasta las más recónditas profundidades llega;
Mas sus hermosos rayos
Jamás en torno suyo rompen la bruma espesa.

De la esperanza, ¿en dónde crece la flor ansiada?
Para él, en dondequiera al retoñar se agosta,
Ya bajo las escarchas del egoísmo estéril,
Ó ya del desengaño á la menguada sombra.

¡Y en vano el mar extenso y las vegas fecundas,
Los pájaros, las flores y los frutos que siembra!
Para el desherado, sólo hay bajo los cielos
Esa quietud sombría que infunde la tristeza.

VI

Cada vez huye más de los vivos,
Cada vez habla más con los muertos,
Y es que cuando nos rinde el cansancio,
Propicio á la paz y al sueño,
El cuerpo tiende al reposo,
El alma tiende á lo eterno.

VII

Así como el lobo desciende á poblado,
Si acaso en la sierra se ve perseguido,
Huyendo del hombre que acosa á los tristes,
Buscó entre las fieras el triste un asilo.

El sol calentaba su lóbrega cueva,
Piadosa velaba su sueño la luna,
El árbol salvaje le daba sus frutos,
La fuente sus aguas de grata frescura.

Bien pronto los rayos del sol se nublaron,
La luna entre brumas veló su semblante;
Secóse la fuente y el árbol nególe,
Al par que su sombra, sus frutos salvajes.

Dejando la sierra buscó en la llanura
De otro árbol el fruto, la luz de otro cielo;

Y á un río profundo de nombre ignorado,
Pidióle aguas puras su labio sediento.

¡Ya en vano!, sin tregua siguióle la noche,
La sed que atormenta y el hambre que mata,
¡Ya en vano!, que ni árbol, ni cielo, ni río,
Le dieron su fruto, su luz, ni sus aguas.

Y en tanto el olvido, la duda y la muerte
Agrandan las sombras que en torno le cercan,
Allá en lontananza la luz de la vida,
Hiriendo sus ojos feliz centellea.

Dichosos mortales á quien la fortuna
Fué siempre propicia... ¡Silencio!, ¡silencio!
Si veis tantos seres que corren buscando
Las negras corrientes del hondo Leteo.

LOS ROBLES

I

Allá en tiempos que fueron, y el alma
Han llenado de santos recuerdos,
De mi tierra, en los campos hermosos,
La riqueza del pobre era el fuego;
Que al brillar, de la choza en el fondo,
Calentaba los rígidos miembros
Por el frío y el hambre ateridos,
Del niño y del viejo.

De la hoguera sentados en torno,
En sus brazos la madre arrullaba
Al infante robusto;
Daba vuelta, afanosa la anciana
En sus dedos nudosos, al huso,
Y al alegre fulgor de la llama,
Ya la joven la harina cernía,
Ó ya desgranaba
Con su mano callosa y pequeña,
Del maíz las mazorcas doradas.

Y al amor del hogar calentándose
En invierno, la pobre familia
Campesina, olvidaba la dura
Condición de su suerte enemiga;
Y el anciano y el niño, contentos
En su lecho de paja dormían,
Como duerme el polluelo en su nido
Cuando el ala materna le abriga.

II

Bajo el hacha implacable, ¡cuán presto
En tierra cayeron
Encinas y robles!
Y á los rayos del alba risueña,
¡Qué calva aparece
La cima del monte!

Los que ayer fueron bosques y selvas
De agreste espesura,
Donde envueltas en dulce misterio
Al rayar el día
Flotaban las brumas,
Y brotaba la fuente serena
Entre flores y musgos oculta,
Hoy son áridas lomas que ostentan
Deformes y negras
Sus hondas cisuras.

Ya no entonan en ellas los pájaros
Sus canciones de amor, ni se juntan
Cuando mayo alborea en la fronda
Que quedó de sus robles desnuda.
Sólo el viento al pasar trae el eco,
Del cuervo que grazna,
Del lobo que aúlla.

III

Una mancha sombría y extensa
Borda á trechos del monte la falda,
Semejante á legión aguerrida
Que acampase en la abrupta montaña
Lanzando alaridos
De sorda amenaza.

Son pinares que al suelo desnudo
De su antiguo ropaje le prestan
Con el suyo el adorno salvaje
Que resiste del tiempo á la afrenta
Y corona de eterna verdura
Las ásperas breñas.

Árbol duro y altivo, que gustas
De escuchar el rumor del Océano
Y gemir con la brisa marina
De la playa en el blanco desierto,
¡Yo te amo!, y mi vista reposa
Con placer en los tibios reflejos

Que tu copa gallarda iluminan
Cuando audaz se destaca en el cielo,
Despidiendo la luz que agoniza,
Saludando la estrella del véspero.

Pero tú, sacra encina del celta,
Y tú, roble de ramas añosas,
Sois más bellos con vuestro follaje
Que si mayo las cumbres festona
Salpicadas de fresco rocío
Donde quiebra sus rayos la aurora,
Y convierte los sotos profundos
En mansión de gloria.

Más tarde, en otoño,
Cuando caen marchitas tus hojas,
¡Oh roble!, y con ellas
Generoso los musgos alfombras,
¡Qué hermoso está el campo!
La selva, ¡qué hermosa!

Al recuerdo de aquellos rumores
Que al morir el día
Se levantan del bosque en la hondura
Cuando pasa gimiendo la brisa
Y remueve con húmedo soplo
Tus hojas marchitas,
Mientras corre engrosado el arroyo
En su cauce de frescas orillas,

Estremécese el alma pensando
Dónde duermen las glorias queridas
De este pueblo sufrido, que espera
Silencioso en su lecho de espinas
        Que suene su hora
        Y llegue aquel día
En que venza con mano segura,
        Del mal que le oprime,
        La fuerza homicida.

IV

Torna roble, árbol patrio, á dar sombra
Cariñosa á la escueta montaña
Donde un tiempo la gaita guerrera
Alentó de los nuestros las almas;
Y compás hizo al eco monótono
        Del canto materno,
        Del viento y del agua,
Que en las noches de invierno al infante
En su cuna de mimbre arrullaban.
Que tan bello apareces, ¡oh roble!,
De este suelo en las cumbres gallardas
Y en las suaves graciosas pendientes
Donde umbrosas se extienden tus ramas,
Como en rostro de pálida virgen
Cabellera ondulante y dorada,
        Que en lluvia de rizos
        Acaricia la frente de nácar.

¡Torna presto á poblar nuestros bosques;
Y que tornen contigo las hadas
Que algún tiempo á tu sombra tejieron,
Del héroe gallego
Las frescas guirnaldas!

* * *

Alma que vas huyendo de ti misma,
¿Qué buscas, insensata, en las demás?
Si en ti secó la fuente del consuelo,
Secas todas las fuentes has de hallar.
¡Que hay en el cielo estrellas todavía,
Y hay en la tierra flores perfumadas!
¡Sí!... Mas no son ya aquellas
Que tú amaste y te amaron, desdichada.

* * *

Cuando recuerdo del ancho bosque
El mar dorado
De hojas marchitas que en el otoño
Agita el viento con soplo blando,
Tan honda angustia nubla mi alma,
Turba mi pecho,
Que me pregunto :
— ¿Por qué tan terca,
Tan fiel memoria, me ha dado el cielo?

*
* *

Del antiguo camino á lo largo,
Ya un pinar, ya una fuente aparece,
Que brotando en la peña musgosa
Con estrépito al valle desciende.
Y brillando del sol á los rayos
Entre un mar de verdura se pierden,
Dividiéndose en limpios arroyos
Que dan vida á las flores silvestres
Y en el Sar se confunden, el río
Que cual niño que plácido duerme,
Reflejando el azul de los cielos,
Lento corre en la fronda á esconderse.

No lejos, en soto profundo de robles,
En donde el silencio sus alas extiende,
Y da abrigo á los genios propicios,
Á nuestras viviendas y asilos campestres,
Siempre allí, cuando evoco mis sombras,
Ó las llamo, respóndenme y vienen.

*
* *

Ya duermen en su tumba las pasiones
El sueño de la nada;
¿Es, pues, locura del doliente espíritu,
Ó gusano que llevo en mis entrañas?

Yo sólo sé que es un placer que duele,
Que es un dolor que atormentando halaga,
Llama que de la vida se alimenta,
Mas sin la cual la vida se apagara.

*
* *

Creyó que era eterno tu reino en el alma,
Y creyó tu esencia, esencia inmortal;
Mas, si sólo eres nube que rueda,
Ilusiones que vienen y van,
Rumores del onda que pasa y que muere
Y nace de nuevo y vuelve á rodar,
Todo es sueño y mentira en la tierra,
¡No existes, verdad!

*
* *

Ya siente que te extingues en su seno,
Llama vital, que dabas
Luz á su espíritu, á su cuerpo fuerzas,
Juventud á su alma.

Ya tu calor no templará su sangre,
Por el invierno helada,
Ni harás latir su corazón, ya falto
De aliento y de esperanza.
Mudo, ciego, insensible,
Sin gozos ni tormentos,

Será cual astro que apagado y solo
Perdido va por la extensión del cielo.



No subas tan alto, pensamiento loco,
Que el que más alto sube más hondo cae,
Ni puede el alma gozar del cielo
Mientras que vive envuelta en la carne.

Por eso las grandes dichas de la tierra
Tienen siempre por término grandes catástrofes.

* * *

¡Jamás lo olvidaré!... De asombro llena
Al escucharlo, el alma refugióse
En sí misma y dudó...; pero al fin, cuando
La amarga realidad, desnuda y triste,
Ante ella se abrió paso, en luto envuelta,
Presenció silenciosa la catástrofe,
Cual contempló Jerusalén sus muros
Para siempre entre el polvo sepultados.

¡Profanación sin nombre! Dondequiera
Que el alma humana, inteligente, rinde
Culto á lo grande, á lo pasado culto,
Esas selvas agrestes, esos bosques
Seculares y hermosos, cuyo espeso
Ramaje abrigo y cariñosa sombra
Dieron á nuestros padres, fueron siempre
De predilecto amor, lugares santos
Que todos respetaron.
¡No! En los viejos
Robledales umbrosos, que hacen grata
La más yerma región, y de los siglos

Guardan grabada la imborrable huella
Que en ellos han dejado, ¡nunca!, ¡nunca!,
Con su acerado filo osada pudo
El hacha penetrar, ni con certero
Y rudo golpe derribar en tierra,
Cual en campo enemigo, el árbol fuerte
De larga historia y de nudosas ramas,
Que es orgullo del suelo que le cría
Con savia vigorosa, y monumento
Que en solo un día no levanta el hombre,
Pues es obra que Dios al tiempo encarga
Y á la madre inmortal naturaleza,
Artista incomparable.
Y sin embargo...,
¡Nada allí quedó en pie! Los arrogantes
Cedros de nuestro Líbano, los altos
Gigantescos castaños seculares,
Regalo de los ojos; los robustos
Y centenarios robles, cuyos troncos
De arrugas llenos, monstruos semejaban
De ceño adusto y de mirada torva,
Que hacen pensar en ignorados mundos;
Las encinas vetustas, bajo cuyas
Ramas vagaron en silencio tantos
Tercos, impenitentes soñadores...
¡Todo por tierra y asolado todo!
Ya ni abrigo, ni sombra, ni frescura;
Los pájaros huídos y espantados
Al ver deshecha su morada; el viento
Gimiendo desabrido, como gime

En las desiertas lomas, donde sólo
Áridos riscos á su paso encuentra;
Los narcisos y blancas margaritas
Que apiñadas brillaban entre el musgo
Cual brillan las estrellas en la altura;
Los lirios perfumados, las violetas,
Los *miósotis,* azules como el cielo
— Y que bordando la ribera undosa
Recordábanle al triste enamorado
Que de las aguas se sentaba al borde
Aquella dulce frase, ¡siempre inútil,
Mas repetida siempre! : «*No me olvides*»,
Todo marchito y sepultado todo
Sin compasión, bajo el terrible peso
De los ya inertes troncos. La corriente
Mansa del Sar, entre sus ondas plácidas
Arrastrando en silencio los despojos
Del sagrado recinto, y de la dura
Hacha los golpes resonando huecos,
Cual suelen resonar los del martillo
Al remachar de un ataúd los clavos...

Ya en el paraje agreste y escondido
Que tanto hemos amado; ya en el bello
Lugar en donde con afán las almas
Buscaban un refugio, y en alegres
Bandadas, al llegar la primavera
En unión de los pájaros, las gentes
De aire, de flores y de luz ansiosas
Iban á respirar vida y perfumes,

De sus galas más ricas despojado
Hoy se levanta el monasterio antiguo
Como triste esqueleto. Aquel tan grato
Silencio misterioso que envolvía
Los agrietados muros, á regiones
Más dichosas quizás huyó ligero
En busca de un asilo. Las campanas
De eco vibrante y musical resuenan
De una manera sorda en el vacío
Que sin piedad á su alrededor hicieron
Manos extrañas, y el rumor monótono
De la fuente en el claustro solitario
Parece sollozar por los jazmines,
Que, cual la nieve blancos, las cornisas
Musgosas adornaban, y parece
Triste llamar, por la aldeana hermosa
Que lavaba sus lienzos en el agua
Siempre brillante del pilón de piedra
Que el roce de sus manos ha gastado
Y hoy buscan de otra fuente la frescura.

¡Lo vieron y callaron... con silencio
Que causa asombro y que contrista el alma!...

Si allá donde entre rosas y claveles
Arrastra el Turia sus revueltas ondas,
Nuestras manos talasen los jardines
Que plantaron los suyos, y aman ellos,
Su labio, al rostro, de desprecio llenas
Una tras otra injuria nos lanzaran

—¡Bárbaros! —exclamando.
Y si dijésemos
Que rosas y claveles perfumados
No valdrán nunca, pese á su hermosura,
Lo que un campo de trigo, y allí en donde
Las flores compitieran con las bellas,
Arrastrando el arado, la amarilla
Mies con afán sembráramos
—Mezquinos
Aún más que torpes son—prorrumpirían
Los fieros hijos del jardín de España
Con rudo enojo levantando el grito.

Mas nosotros, si talan nuestros bosques
Que cuentan siglos... ¡quedan ya tan pocos!
Y ajena voluntad su imperio ejerce
En lo que es nuestro, cosas de la vida
Nos parecen quizás, vanas y fútiles
Que á nadie ofenden ni á ninguno importan
Si no es al que las hace, á soñadores
Que sólo entienden de llorar sin tregua
Por los vivos y muertos... y aun acaso
Por las hermosas selvas que sin duelo
Indiferente el leñador destruye.

— Pero qué... — alguno exclamará indignado
Al oir mis lamentos—, ¿por ventura
La inmensa torre del reloj se ha hundido
Y no hay ya quien señale nuestras horas
Soñolientas y tardas, como el eco

Bronco de su campana formidable;
Ó en mis haciendas penetrando acaso
Osado criminal, ha puesto fuego
Á las extensas eras? ¿Por qué gime
Así importuna esa mujer? —
Yo inclino
La frente al suelo y contristada exclamo
Con el Mártir del Gólgota... *Perdónales,*
Señor, porque no saben lo que dicen;
Mas ¡oh, Señor! Á consentir no vuelvas
Que de la helada indiferencia el soplo
Apague la protesta en nuestros labios,
Que es el silencio hermano de la muerte,
Y yo no quiero que mi patria muera,
Sino que como Lázaro, ¡Dios bueno!,
Resucite á la vida que ha perdido;
Y con voz alta que á la gloria llegue,
Le diga al mundo que Galicia existe
Tan llena de valor cual tú la has hecho,
Tan grande y tan feliz cuanto es hermosa.

I

Unos con la calumnia le mancharon;
Otros falsos amores le han mentido;
Y aunque dudo si algunos le han querido,
De cierto sé que todos le olvidaron.

Sólo sufrió, sin gloria ni esperanza,
Cuanto puede sufrir un ser viviente;
¿Por qué le preguntáis qué amores siente
Y no qué odios alientan su venganza?

II

Si para que se llene y se desborde
El inmenso caudal de los agravios
Quieren que nunca hasta sus labios llegue
Más que el duro y amargo
Pan, que el mendigo con dolor recoge
Y ablanda con su llanto,
Sucumbirá por fin, como sucumben
Los buenos y los bravos,

Cuando en batalla desigual les hiere
La mano del cobarde ó del tirano.

Y ellos entonces vivirán dichosos
Su victoria cantando,
Como el cárabo canta en su agujero
Y la rana en su charco.
Mas en tanto ellos cantan...—¡muchedumbre
Que nace y muere en los paternos campos
Siempre desconocida y siempre estéril!—
Triste la patria seguirá llorando,
Siempre oprimida y siempre
De la ruindad y la ignorancia pasto.

* * *

En su cárcel de espinos y rosas
Cantan y juegan mis pobres niños,
Hermosos seres, desde la cuna
Por la desgracia ya perseguidos.

En su cárcel se duermen soñando
Cuán bello es el mundo cruel que no vieron,
Cuán ancha la tierra, cuán hondos los mares,
Cuán grande el espacio, qué breve su huerto.

Y le envidian las alas al pájaro
Que traspone las cumbres y valles,
Y le dicen: — ¿Qué has visto allá lejos,
Golondrina que cruzas los aires? —

Y despiertan soñando, y dormidos
Soñando se quedan,
Que ya son la nube flotante que pasa,
Ó ya son el ave ligera que vuela,
Tan lejos, tan lejos del nido, cual ellos
De su cárcel ir lejos quisieran.

—¡Todos parten!—exclaman—. ¡Tan sólo,
Tan sólo nosotros nos quedamos siempre!
¿Por qué quedar, madre, por qué no llevarnos
Donde hay otro cielo, otro aire, otras gentes? —

Yo, en tanto, bañados en llanto mis ojos,
Los miro en silencio, pensando: — En la tierra,
¿Adónde llevaros, mis pobres cautivos,
Que no hayan de ataros las mismas cadenas?
Del hombre, enemigo del hombre, no puede
Libraros, mis ángeles, la egida materna.

***

Ya no mana la fuente, se agotó el manantial;
Ya el viajero allí nunca va su sed á apagar.

Ya no brota la hierba, ni florece el narciso,
Ni en los aires esparcen su fragancia los lirios.

Sólo el cauce arenoso de la seca corriente
Le recuerda al sediento el horror de la muerte.

¡Mas no importa!; á lo lejos otro arroyo murmura
Donde humildes violetas el espacio perfuman.

Y de un sauce el ramaje, al mirarse en las ondas,
Tiende en torno del agua su fresquísima sombra.

El sediento viajero que el camino atraviesa,
Humedece los labios en la linfa serena
Del arroyo que el árbol con sus ramas sombrea,
Y dichoso se olvida de la fuente ya seca.

*
* *

Cenicientas las aguas, los desnudos
Árboles y los montes cenicientos;
Parda la bruma que los vela y pardas
Las nubes que atraviesan por el cielo,
Triste, en la tierra, el color gris domina,
¡El color de los viejos!

De cuando en cuando de la lluvia el sordo
Rumor suena, y el viento
Al pasar por el bosque
Silba ó finge lamentos
Tan extraños, tan hondos y dolientes,
Que parece que llaman por los muertos.

Seguido del mastín, que helado tiembla,
El labrador, cubierto
Con su capa de juncos cruza el monte;
El campo está desierto,
Y tan sólo en los charcos que negrean
Del ancho prado entre el verdor intenso
Posa el vuelo la blanca gaviota
Mientras graznan los cuervos.

Yo desde mi ventana,
Que azotan los airados elementos,
Regocijada y pensativa escucho
El discorde concierto

Simpático á mi alma...
¡Oh, mi amigo el invierno!
Mil y mil veces bien venido seas,
Mi sombrío y adusto compañero.
¿No eres acaso el precursor dichoso
Del tibio mayo y del abril risueño?
¡Ah!, si el invierno triste de la vida,
Como tú de las flores y los céfiros,
¡También precursor fuera de la hermosa
Y eterna primavera de mis sueños!...

I

Era la última noche,
La noche de las tristes despedidas,
Y apenas si una lágrima empañaba
Sus serenas pupilas.
Como el criado que deja
Al amo que le hostiga,
Arreglando su hatillo, murmuraba
Casi con la emoción de la alegría :

— ¡Llorar! ¿Por qué? Fortuna es que podamos
Abandonar nuestras humildes tierras;
El duro pan que nos negó la patria,
Por más que los extraños nos maltraten,
No ha de faltarnos en la patria ajena.

Y los hijos contentos se sonríen,
Y la esposa, aunque triste, se consuela
Con la firme esperanza
De que el que parte ha de volver por ella.
Pensar que han de partir, ese es el sueño
Que da fuerza en su angustia á los que quedan;

Cuánto en ti pueden padecer ¡oh patria!
¡Si ya tus hijos sin dolor te dejan!

II

Como á impulsos de lenta
Enfermedad, hoy cien, y cien mañana,
De nuestra vida hasta perder la cuenta,
Racimo tras racimo se desgrana.

Palomas que la zorra y el milano
Á ahuyentar van, del palomar nativo
Parten con el afán del fugitivo,
Y parten quizás en vano;

Pues al posar el fatigado vuelo
Acaso en el confín de otra llanura,
Ven agostarse el fruto que madura,
Y el águila cerniéndose en el cielo.

¡VOLVED!

I

Bien sabe Dios que siempre me arrancan tristes
Aquellos que nos dejan, [lágrimas
Pero aún más me lastiman y me llenan de luto
Los que á volver se niegan.

¡Partid, y Dios os guíe!... pobres desheredados,
Para quienes no hay sitio en la hostigada patria;
Partid llenos de aliento en pos de otro horizonte,
Pero... volved más tarde al viejo hogar que os llama.

Jamás del extranjero el pobre cuerpo inerte,
Como en la propia tierra en la ajena descansa.

II

Volved, que os aseguro
Que al pie de cada arroyo y cada fuente
De linfa transparente,
Donde se reflejó vuestro semblante,
Y en cada viejo muro

Que os prestó sombra cuando niños erais
Y jugabais inquietos,
Y que escuchó más tarde los secretos
Del que ya adolescente
Ó mozo enamorado,
En el soto, en el monte y en el prado,
Dondequiera que un día
Os guió el pie ligero...,
Yo os lo digo y os juro
Que hay genios misteriosos
Que os llaman tan sentidos y amorosos
Y con tan hondo y dolorido acento,
Que hacen más triste el suspirar del viento,
Cuando en las noches del invierno duro
De vuestro hogar que entristeció el ausente,
Discurren por los ámbitos medrosos,
Y en las eras sollozan silenciosos,
Y van del monte al río
Llenos de luto y siempre murmurando:
«¡Partieron!... ¿Hasta cuándo?
¡Qué soledad! ¿No volverán, Dios mío?»

. . . .

. . . .

Tornó la golondrina al viejo nido
Y al ver los muros y el hogar desierto,
Preguntóle á la brisa: —¿Es que se han muerto?—
Y ella en silencio respondió: —¡Se han ido
Como el barco perdido
Que para siempre ha abandonado el puerto!

* * *

Camino blanco, viejo camino,
Desigual, pedregoso y estrecho,
Donde el eco apacible resuena
Del arroyo que pasa bullendo,
Y en donde detiene su vuelo inconstante,
Ó el paso ligero,
De la fruta que brota en las zarzas
Buscando el sabroso y agreste alimento,
El gorrión adusto,
Los niños hambrientos,
Las cabras monteses
Y el perro sin dueño...
Blanca senda, camino olvidado,
¡Bullicioso y alegre otro tiempo!
Del que solo y á pie de la vida
Va andando su larga jornada, más bello
Y agradable á los ojos pareces
Cuanto más solitario y más yermo.
Que al cruzar por la ruta espaciosa
Donde lucen sus trenes soberbios
Los dichosos del mundo, descalzo,

Sudoroso y de polvo cubierto,
¡Qué extrañeza y profundo desvío
Infunde en las almas el pobre viajero!



Aun parece que asoman tras del Miranda altivo
De mayo los albores, ¡y pasó ya septiembre!
Aun parece que torna la errante golondrina
Y en pos de otras regiones ya el raudo vuelo tiende.

Ayer flores y aromas, ayer canto de pájaros
Y mares de verdura y de doradas mieses;
Hoy nubes que sombrías hacia Occidente avanzan,
El brillo del relámpago y el eco del torrente.

Pasó, pasó el verano rápido, como pasa
Un venturoso sueño del amor en la fiebre,
Y ya secas las hojas en las ramas desnudas,
Tiemblan descoloridas esperando la muerte.

¡Ah!, cuando en esas noches tormentosas y largas
La luna brille á intervalos sobre la blanca nieve,
¡De cuántos, que dichosos ayer la contemplaron,
Alumbrarán la tumba sus rayos transparentes!



Cerrado capullo de pálidas tintas,
Modesta hermosura de frente graciosa,

¿Por quién has perdido la paz de tu alma?
¿Á quién regalaste la miel de tu boca?

Á quien te detesta quizás, y le causan
Enejo tus labios de cándido aroma,
Porque busca la rosa encendida
Que abre al sol de la tarde sus hojas.

***

En sus ojos rasgados y azules,
Donde brilla el candor de los ángeles,
Ver creía la sombra siniestra
De todos los males.

En sus anchas y negras pupilas,
Donde luz y tinieblas combaten,
Ver creía el sereno y hermoso
Resplandor de la dicha inefable.

Del amor espejismos traidores,
Risueños, fugaces...
Cuando vuestro fulgor sobrehumano
Se disipa... ¡Qué densas!... ¡Qué grandes
Son las sombras que envuelven las almas
Á quienes con vuestros reflejos cegasteis!

*
* *

Fué cielo de su espíritu, fué sueño de sus sueños,
Y vida de su vida, y aliento de su aliento;
Y fué, desde que rota cayó la venda al suelo,
Algo que mata el alma y que envilece el cuerpo.

De la vida en la lucha perenne y fatigosa
Siempre el ansia incesante y el mismo anhelo siempre;
Que no ha de tener término sino cuando, cerrados,
Ya duerman nuestros ojos el sueño de la muerte.

*
* *

— Te amo... ¿por qué me odias?
— Te odio... ¿por qué me amas?—
Secreto es éste el más triste
Y misterioso del alma.

Mas ello es verdad... ¡Verdad
Dura y atormentadora!
— Me odias, porque te amo;
Te amo, porque me odias.

*
* *

Nada me importa, blanca ó negra mariposa,
Que dichas anunciándome ó malhadadas nuevas,
En torno de mi lámpara ó de mi frente en torno,
Os agitéis inquietas.

La venturosa copa del placer para siempre
Rota á mis pies está,
Y en la del dolor llena..., ¡llena hasta desbordarse!,
Ni penas ni amarguras pueden caber ya más.

*
* *

Muda la luna y como siempre pálida
Mientras recorre la azulada esfera,
Seguida de su séquito
De nubes y de estrellas,
Rencorosa despierta en mi memoria
Yo no sé qué fantasmas y quimeras.

Y con sus dulces misteriosos rayos
Derrama en mis entrañas tanta hiel,
Que pienso con placer que ella, la *eterna,*
Ha de pasar también.

*
* *

Nos dicen que se adoran la aurora y el crepúsculo,
Mas entre el sol que nace y el que triste declina,
Medió siempre el abismo que media entre la cuna
Y el sepulcro en la vida.

Pero llegará un tiempo quizás, cuando los siglos
No se cuenten y el mundo por siempre haya pasado,
En el que nunca tornen tras de la noche el alba
Ni se hunda entre las sombras del sol el tibio rayo.

Si de lo eterno entonces en el mar infinito
Todo aquello que ha sido ha de vivir más tarde,
Acaso alba y crepúsculo, si en lo inmenso se encuen-
En uno se confundan para no separarse. [tran,

Para no separarse... ¡Ilusión bienhechora
De inmortal esperanza, cual las que el hombre in-
[venta!
¿Mas quien sabe si en tanto hacia su fin caminan,
Como el hombre, los astros con ser eternos sueñan?



Una sombra tristísima, indefinible y vaga
Como lo incierto, siempre ante mis ojos va,
Tras de otra vaga sombra que sin cesar la huye,
Corriendo sin cesar.
Ignoro su destino...; mas no sé por qué temo
Al ver su ansia mortal,
Que ni han de parar nunca, ni encontrarse jamás.

LAS CANCIONES QUE OYÓ LA NIÑA

UNA

Tras de los limpios cristales
Se agitaba la blanca cortina,
Y adiviné que tu aliento
Perfumado la movía.

Sola estabas en tu alcoba
Y detrás de la tela blanquísima
Te ocultabas, ¡cruel!, á mis ojos...
Mas mis ojos te veían.

Con cerrojos cerraste la puerta,
Pero yo penetré en tu aposento,
Á través de las gruesas paredes,
Cual penetran los espectros;
Porque no hay para el alma cerrojos,
Ángel de mis pensamientos.

Codicioso admiré tu hermosura,
Y al sorprender los misterios
Que á mis ojos velabas..., ¡perdóname!,
Te estreché contra mi seno.

Mas... me ahogaba el aroma purísimo
Que exhalabas de tu pecho,
Y hube de soltar mi presa
Lleno de remordimiento.

—

Te seguiré adonde vayas,
Aunque te vayas muy lejos,
Y en vano echarás cerrojos
Para guardar tus secretos;
Porque no impedirá que mi espíritu
Pueda llegar hasta ellos.

Pero... ya no me temas, bien mío;
Que aunque sorprenda tu sueño,
Y aunque en tanto estés dormida
Á tu lado me tienda en tu lecho,
Contemplaré tu semblante,
Mas no tocaré tu cuerpo,
Pues lo impide el aroma purísimo
Que se exhala de tu seno.
Y como ahuyenta la aurora
Los vapores soñolientos
De la noche callada y sombría,
Así ahuyenta mis malos deseos.

OTRA

Hoy uno y otro mañana
Rodando, rodando el mundo,
Si cual te amé no amaste todavía,
Al fin ha de llegar el amor tuyo.

¡Y yo no quiero que llegue!...
Ni que ames nunca, cual te amé, á ninguno;
Antes que te abras de otro sol al rayo,
Véate yo secar, fresco capullo.

LA CANCIÓN

QUE OYÓ EN SUEÑOS EL VIEJO

Á la luz de esa aurora primaveral, tu pecho
Vuelve á agitarse ansioso de glorias y de amor,
Loco!... Corre á esconderte en el asilo obscuro
Donde ya no penetra la viva luz del sol.

Aquí tu sangre torna á circular activa,
Y tus pasiones tornan á rejuvenecer...
Huye hacia el antro en donde aguarda resignada,
Por la infalible muerte, la implacable vejez.

Sonrisa en labio enjuto, hiela y repele á un tiempo;
Flores sobre un cadáver, causan al alma espanto :
Ni flores, ni sonrisas, ni sol de primavera
Busques, cuando tu vida llegó triste á su ocaso.

I

Su ciega y loca fantasía corrió arrastrada por el
[vértigo,
Tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.

Y cual halcón que cae herido en la laguna pesti-
[lente,
Cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siem-
[pre.

Mas aun sin alas cree ó sueña que cruza el aire, los
[espacios,
Y aun entre el lodo se ve limpio, cual de la nieve el
[copo blanco.

II

No maldigáis del que, ya ebrio, corre á beber con
[nuevo afán;
Su eterna sed es quien le lleva hacia la fuente abra-
Cuanto más bebe, á beber más. [sadora,

No murmuréis del que rendido ya bajo el peso de
Quiere vivir y aun quiere amar; [la vida
La sed del beodo es insaciable, y la del alma lo es
[aún más.

III

Cuando todos los velos se han descorrido
Y ya no hay nada oculto para los ojos,
Ni ninguna hermosura nos causa antojos,
Ni recordar sabemos que hemos querido,
Aún en lo más profundo del pecho helado,
Como entre las cenizas la chispa ardiente,
Con sus puras sonrisas de adolescente,
Vive oculto el fantasma del bien soñado.

* * *

En el alma llevaba un pensamiento,
Una duda, un pesar,
Tan grandes como el ancho firmamento,
Tan hondos como el mar.

De su alma en lo más árido y profundo
Fresca brotó de súbito una rosa,
Como brota una fuente en el desierto,
Ó un lirio entre las grietas de una roca.



Cuando en las nubes hay tormenta
Suele también haberla en su pecho;
Mas nunca hay calma en él, aun cuando
La calma reine en tierra y cielo;
Porque es entonces cuando, torvos,
Cual nunca riñen sus pensamientos.



Desbórdanse los ríos si engrosan su corriente
Los múltiples arroyos que de los montes bajan,
Y cuando de las penas el caudal abundoso
Se aumenta con los males perennes y las ansias,
¿Cómo contener, cómo, en el labio la queja?
¿Cómo no desbordarse la cólera en el alma?



Busca y anhela el sosiego...
Mas... ¿quién le sosegará?
Con lo que sueña despierto
Dormido vuelve á soñar.
Que hoy, como ayer y mañana,
Cual hoy en su eterno afán,
De hallar el bien que ambiciona
—Cuando solo encuentra el mal—
Siempre á soñar condenado
Nunca puede sosegar.



¡Aturde la confusa gritería
Que se levanta entre la turba inmensa!
Ya no saben qué quieren ni qué piden;
Mas, embriagados de soberbia, buscan
Un ídolo ó una víctima á quien hieran.

Brutales son sus iras,
Y aún quizás más brutales sus amores;
No provoquéis al monstruo de cien brazos,
Como la ciega tempestad terrible,
Ya ardiente os ame ó friamente os odie.



Cuando sopla el Norte duro
Y arde en el hogar el fuego,
Y ellos pasan por mi puerta
Flacos, desnudos y hambrientos,
El frío hiela mi espíritu,
Como debe helar su cuerpo,
Y mi corazón se queda,
Al verles ir sin consuelo,
Cual ellos, opreso y triste,
Desconsolado cual ellos.

Era niño y ya perdiera
La costumbre de llorar;
La miseria seca el alma
Y los ojos además:
Era niño y parecía
Por sus hechos viejo ya.

Experiencia del mendigo,
Eres precoz como el mal,
Implacable como el odio,
Dura como la verdad.

*
* *

De la vida entre el múltiple conjunto de los seres,
No, no busquéis la imagen de la eterna belleza,
Ni en el contento y harto seno de los placeres,
Ni del dolor acerbo en la dura aspereza.

Ya es átomo impalpable ó inmensidad que asombra,
Aspiración celeste, revelación callada;
La comprende el espíritu y el labio no la nombra,
Y en sus hondos abismos la mente se anonada.

I

Quisiera, hermosa mía,
Á quien aún más que á Dios amo y venero,
Ciego creer que este tu amor primero,
Ser por mi dicha el último podría.
Mas...
—¡Qué! ¡Gran Dios, lo duda todavía!

—¡Oh!, virgen candorosa,
¿Por qué no he de dudarlo al ver que muero
Si aun viviendo también lo dudaría?

— Tu sospecha me ofende,
Y tanto me lastima y me sorprende
Oirla de tu labio,
Que pienso llegaría
Á matarme lo injusto del agravio.

— ¡Á matarla! ¡La hermosa criatura
Que apenas cuenta quince primaveras!...
¡Nunca!... ¡Vive, mi santa, y no te mueras!

— Mi corazón, de asombro y dolor llenas.

— ¡Ah!, siento más tus penas que mis penas.

— ¿Por qué, pues, me hablas de morir?
— ¡Dios mío!
¿Por qué ya del sepulcro el viento frío
Lleva mi nave al ignorado puerto?

— ¡No puede ser!... Mas oye : ¡vivo ó muerto,
Tú solo, y para siempre!... Te lo juro.

— No hay por qué jurar; mas si tan bello
Sueño al fin se cumpliera, sin enojos
Cerrando en paz los fatigados ojos,
Fuera á esperarte á mi sepulcro obscuro.
Pero... es tan inconstante y tan liviano
El flaco y débil corazón humano,
Que lo pienso, alma mía, y te lo digo,
Serás feliz más tarde ó más temprano. —

Y en tanto ella llorando protestaba,
Y él sonriendo, irónico y sombrío,
En sus amantes brazos la estrechaba.

Cantaba un grillo en el vecino muro,
Y cual mudo testigo
La luna, que en el cielo se elevaba,
Sobre ambos reflejaba
Su fulgor siempre casto y siempre amigo.

II

De polvo y fango nacidos,
Fango y polvo nos tornamos;
¿Por qué, pues, tanto luchamos
Si hemos de caer vencidos?

Cuando esto piensa humilde y temerosa,
Como tiembla la rosa
Del viento al soplo airado,
Tiembla y busca el rincón más ignorado
Para morir en paz si no dichosa.

III

Los astros son innúmeros, al cielo
No se le encuentra fin,
Y este pequeño mundo que habitamos,
Y que parece un punto en el espacio,
Inmenso es para mí.

Después... tantos y tantos,
Cual las arenas del profundo mar,
Seres que nacen á la vida, y seres
Que sin parar su rápida carrera,
Incierta siempre, vienen ó se van.

Que se van ó se mueren, esta duda
Es en verdad cruel;
Pero ello es que nos vamos ó nos dejan
Sin saber si después de separarnos
Volveremos á hallarnos otra vez.

IV

Y como todo al cabo
Tarde ó temprano en este mundo pasa,
Lo que al principio eterno parecía,
Dió término á la larga.

¿Le mataron acaso, ó es que se ha muerto
De suyo aquello que quedara aún vivo?
Imposible es saberlo, como nadie
Sabe al quedar dormido
En qué momento ha aprisionado el sueño
Sus despiertos sentidos.

V

¡Que cuándo le ha olvidado!
¿Quién lo recuerda en la mudable vida,
Ni puede asegurar si es que la herida
Del viejo amor con otro se ha curado?

¡Transcurrió el tiempo! — inevitable era
Que transcurriese — y otro amante vino
Á hacerse cauteloso su camino
Por donde el muerto amante ya lo hiciera.

VI

De pronto el corazón con ansia extrema,
Mezclada á un tiempo de placer y espanto,
Latió, mientras su labio murmuraba:
—¡No, los muertos no vuelven de sus antros!...—

Él era y no era él, mas su recuerdo,
Dormido en lo profundo
Del alma, despertóse con violencia
Rencoroso y adusto.

—No soy yo, ¡pero soy!—murmuró el viento—,
Y vuelvo, amada mía,
Desde la eternidad para dejarte
Ver otra vez mi incrédula sonrisa.

—¡Aun has de ser feliz!—te dije un tiempo,
Cuando me hallaba al borde de la tumba —.
Aún has de amar —; y tú, con fiero enojo,
Me respondiste: — ¡Nunca!

—¡Ah!, ¿del mudable corazón has visto
Los recónditos pliegues? —
Volví á decirte; y tú, llorando á mares,
Repetiste: — Tú solo, y para siempre.—

Después, era una noche como aquéllas,
Y un rayo de la luna, el mismo acaso
Que á ti y á mí nos alumbró importuno,
Os alumbraba á entrambos.

Cantaba un grillo en el vecino muro,
Y todo era silencio en la campiña;
¿No te acuerdas, mujer? Yo vine entonces,
Sombra, remordimiento ó pesadilla.

Mas tú, engañada recordando al muerto,
Pero también del vivo enamorada,
Te olvidaste del cielo y de la tierra
Y condenaste el alma.

Una vez, una sola,
Aterrada volviste de ti misma,
Como para sentir mejor la muerte
De la sima al caer vuelve la víctima.

Y aun entonces, ¡extraño cuanto horrible
Reflejo del pasado!,
El abrazo convulso de tu amante
Te recordó, mujer, nuestros abrazos.

—¡Aun has de ser feliz!—te dije un tiempo
Y me engañé; no puede
Serlo quien lleva la traición por guía,
Y á su sombra mortífera se duerme.

— ¡Aun has de amar!— te repetí, y amaste,
Y protector asilo
Diste, desventurada, á una serpiente
En aquel corazón que fuera mío.

Emponzoñada estás; odios y penas
Te acosan y persiguen,
Y yo casi con lástima contemplo
Tu pecado y tu mancha irredimibles.

¡Mas, vengativo, al cabo yo te amaba
Ardientemente, y te amo todavía!
Vuelvo para dejarte
Ver otra vez mi incrédula sonrisa.

I

En mi pequeño huerto
Brilla la sonrosada margarita,
Tan fecunda y humilde,
Como agreste y sencilla.

Ella borda primores en el césped,
Y finge maravillas
Entre el fresco verdor de las praderas
Do proyectan sus sombras las encinas,
Y á orillas de la fuente y del arroyo
Que recorre en silencio las umbrías.

Y aun cuando el pie la huella, ella revive
Y vuelve á levantarse siempre limpia,
Á semejanza de las almas blancas
Que en vano quiere ennegrecer la envidia.

II

Cuando llega diciembre y las lluvias abundan,
Ellas con las acacias tornan á florecer,
Tan puras y tan frescas y tan llenas de aroma
Como aquellas que un tiempo con fervor adoré.

¡Loca ilusión la mía es en verdad, bien loca
Cuando mi propia mano honda tumba les dió!
Y ya no son aquellas en cuyas hojas pálidas
Deposité mis besos..., ni yo la misma soy.

* * *

Todas las campanas con eco pausado
Doblaron á muerto:
Las de la basílica, las de las iglesias,
Las de los conventos;
Desde el alba hasta entrada la noche
No cesó el funeral clamoreo:
¡Qué pompa! ¡Qué lujo!
¡Qué fausto! ¡Qué entierro!

—

Pero no hubo ni adioses ni lágrimas,
Ni suspiros en torno del féretro...
¡Grandes voces sí que hubo!... Y cantáronle,
Cuando le enterraron, un *Requiem* soberbio.

* * *

Siente unas lástimas,
¡Pero qué lástimas!...
Y tan extrañas y hondas ternuras...
¡Pero qué extrañas!

Llora á mares por ellos,
Les viste la mortaja
Y les hace las honras...
Después de que los mata.

*
* *

De la noche en el vago silencio,
Cuando duermen ó sueñan las flores,
Mientras ella despierta, combate
Contra el fuego de ocultas pasiones,
Y de su ángel guardián el auxilio
Implora invocando piadosa su nombre:
El de ayer, el de hoy, el de siempre,
Fiel amigo del mal,
Mefistófeles,
En los hilos oculto, del lino
Finísimo y blanco cual copo de espuma,
En donde ella aún más blanca reclina
La cabeza rubia,
Así astuto y sagaz, al oído
De la hermosa en silencio murmura:

«Goza aquél de la vida, y se ríe
Y peca sin miedo del hoy y el mañana,
Mientras tú con ayunos y rezos
Y negros terrores tus horas amargas.»

«Si del hombre la vida en la tumba
¡Oh bella, se acaba,
Qué profundo y cruel desengaño,
Qué chanza pesada
Te juega la suerte,
Le espera á tu alma!»



Á la sombra te sientas de las desnudas rocas,
Y en el rincón te ocultas donde zumba el insecto,
Y allí donde las aguas estancadas dormitan
Y no hay humanos seres que interrumpan tus sueños,
¡Quién supiera en qué piensas, amor de mis amores,
Cuando con leve paso y contenido aliento,
Temblando á que percibas mi agitación extrema,
Allí donde te escondes, ansiosa te sorprendo!

— ¡Curiosidad maldita!, frío aguijón que hieres
Las femeninas almas, los varoniles pechos,
Tu fuerza impele al hombre á que busque la hondura
Del desencanto amargo y á que remueva el cieno
Donde se forman siempre los miasmas infectos.

— ¿Qué has dicho de amargura y cieno y desen-
[canto?
¡Ah!, no pronuncies frases, mi bien, que no compren-
[do;
Dime sólo en qué piensas cuando de mí te apartas
Y huyendo de los hombres vas buscando el silencio.

—Pienso en cosas tan tristes á veces y tan negras,
Y en otras tan extrañas y tan hermosas pienso,
Que... no las sabrás nunca, porque lo que se ignora
No nos daña si es malo, ni perturba si es bueno.
Yo te lo digo, niña, á quien de veras amo;
Encierra el alma humana tan profundos misterios,
Que cuando á nuestros ojos un velo los oculta,
Es temeraria empresa descorrer ese velo;
No pienses, pues, bien mío, no pienses en qué pienso.

—Pensaré noche y día, pues sin saberlo, muero.—

Y cuenta que lo supo, y que la mató entonces
La pena de saberlo.

* * *

Cuido que una planta bella
Que ama y busca la sombra,
Como la busca el alma
Huérfana, triste, enamorada y sola,
Y allí donde jamás la luz del día
Llega sino á través de las umbrosas
Ramas de un mirto y los cristales turbios
De una ventana angosta,
Ella vive tan fresca y perfumada,
Y se torna más bella y más frondosa,
Y languidece y se marchita y muere
Cuando un rayo de sol besa sus hojas.

—

Para el pájaro el aire, para el musgo la roca,
Los mares para el alga, mayo para las rosas;
Que todo ser ó planta va buscando
Su natural atmósfera,
Y sucumbe bien pronto si es que á ella
Oculta mano sin piedad la roba.

—

Sólo el humano espíritu al rodar desquiciado
Desde su órbita á mundos tristes y desolados,
Ni sucumbe ni muere; que del dolor el mazo
Fuerte, que abate el polvo y que quebranta el barro
Mortal, romper no puede, ni desatar los lazos
Que con lo eterno le unen por misterioso arcano.

Por eso yo que anhelo que el refulgente astro
Del día calor preste á mis miembros helados,
Aun aliento y resisto sin luz y sin espacio,
Como la planta bella que odia del sol el rayo,

Ya que otra luz más viva que la del sol dorado
Y otro calor más dulce en mi alma penetrando
Me anima y me sustenta con su secreto halago
Y da luz á mis ojos por el dolor cegados.

I

En los ecos del órgano ó en el rumor del viento,
En el fulgor de un astro ó en la gota de lluvia,
Te adivinaba en todo y en todo te buscaba,
Sin encontrarte nunca.

Quizás después te ha hallado, te ha hallado y te ha
Otra vez, de la vida en la batalla ruda, [perdido
Ya que sigue buscándote y te adivina en todo,
Sin encontrarte nunca.

Pero sabe que existes y no eres vano sueño,
Hermosura sin nombre, pero perfecta y única;
Por eso vive triste, porque te busca siempre,
Sin encontrarte nunca.

II

Yo no sé lo que busco eternamente
En la tierra, en el aire y en el cielo;
Yo no sé lo que busco, pero es algo
Que perdí no sé cuándo y que no encuentro,

Aun cuando sueñe que invisible habita
En todo cuanto toco y cuanto veo.

Felicidad, no he volver á hallarte
En la tierra, en el aire ni en el cielo,
¡Aun cuando sé que existes
Y no eres vano sueño!

SANTA ESCOLÁSTICA

I

Una tarde de abril, en que la tenue
Llovizna triste humedecía en silencio
De las desiertas calles las baldosas,
Mientras en los espacios resonaban
Las campanas con lentas vibraciones,
Dime á marchar, huyendo de mi sombra.

Bochornoso calor que enerva y rinde,
Si se cierne en la altura la tormenta,
Tornara el aire irrespirable y denso.
Y el alma ansiosa y anhelante el pecho
Á impulsos del instinto iban buscando
Puro aliento en la tierra y en el cielo.

Soplo mortal creyérase que había
Dejado el mundo sin piedad desierto,
Convirtiendo en sepulcro á Compostela.
Que en la santa ciudad, grave y vetusta
No hay rumores que turben importunos
La paz ansiada en la apacible siesta.

II

— ¡Cementerio de vivos!... — murmuraba
Yo al cruzar por las plazas silenciosas,
Que otros días de gloria nos recuerdan.
¿Es verdad que hubo aquí nombres famosos,
Guerreros indomables, grandes almas?
¿Dónde hoy tu raza varonil alienta?

La airosa puerta de Fonseca, muda,
Me mostró sus estatuas y columnas
Primorosas, encanto del artista,
Y del gran hospital, la incomparable
Obra del genio, ante mis tristes ojos,
En el espacio dibujóse altiva.

Después la catedral..., palacio místico
De atrevidas románicas arcadas,
Y con su Gloria de bellezas llena.
Me pareció al mirarla que quería
Sobre mi frente desplomar, ya en ruinas,
De sus torres la mole gigantesta.

Volví entonces el rostro, estremecida,
Hacia donde atrevida se destaca
Del Cebedeo la celeste imagen,
Como el alma del mártir, blanca y bella,
Y vencedora en su caballo airoso,
Que galopando en triunfo rasga el aire.

Y bajo el arco obscuro, en donde eterno
Del oculto torrente el rumor suena,
Me deslicé cual corza fugitiva,
Siempre andando al azar, con aquel paso
Errante del que busca en donde pueda
De sí arrojar el peso de la vida.

Atrás quedaba aquella calle adusta,
Camino de los frailes y los muertos,
Siempre vacía y misteriosa siempre,
Con sus manchas de sombra gigantescas
Y sus claros de luz, que hacen más triste
Su soledad, y que los ojos hieren.

Y en tanto... la llovizna, como todo
Lo manso, terca, sin cesar regaba
Campos y plazas, calles y conventos
Que iluminaba el sol con rayo oblicuo
Á través de los húmedos vapores,
Blanquecinos á veces, otras negros.

III

Ciudad extraña, hermosa y fea á un tiempo,
Á un tiempo apetecida y detestada,
Cual ser que nos atrae y nos desdeña,
Algo hay en ti que apaga el entusiasmo,
Y del mundo feliz de los ensueños
Á la aridez de la verdad nos lleva,

¡De la verdad!... ¡Del asesino honrado
Que impasible nos mata y nos entierra!

. . . .

¡Y yo quería morir! La sin entrañas,
Sin conmoverse, me mostrara el negro
Y oculto abismo que á mis pies abrieran.
Y helándome la sangre, fríamente,
De amor y de esperanza me dejara,
Con sólo un golpe, para siempre huérfana.

«¡La gloria es humo! El cielo está tan alto
Y tan bajos nosotros, que la tierra
Que nos ha dado volverá á absorbernos.
Afanarse y luchar, cuando es el hombre
Mortal ingrato y nula la victoria,
¿Por qué, ya que hay Dios, vence el infierno?»

Así del dolor víctima, el espíritu
Se rebelaba contra cielo y tierra...
Mientras mi pie inseguro caminaba;
Cuando de par en par vi abierto el templo,
De fieles despoblado, y donde apenas
Su resplandor las lámparas lanzaban.

IV

Majestad de los templos, mi alma femenina
Te siente, como siente las maternas dulzuras,

Las inquietudes vagas, las ternuras secretas
Y el temor á lo oculto tras la inmensa altura.

¡Oh, majestad sagrada! En nuestra húmeda tierra
Más grande eres y augusta que en donde el sol ar-
[diente
Inquieta con sus rayos vivísimos las sombras
Que al pie de los altares oran, velan ó duermen.

Bajo las anchas bóvedas, mis pasos silenciosos
Resonaron con eco armonioso y pausado,
Cual resuena en la gruta la gota cristalina
Que lenta se desprende sobre el verdoso charco.

Y aún más que los acentos del órgano y la música
Sagrada, conmovióme aquel silencio místico
Que llenaba el espacio de indefinidas notas,
Tan sólo perceptibles al conturbado espíritu.

Del incienso y la cera, el acusado aroma
Que impregnaba la atmósfera que allí se respiraba,
No sé por qué, de pronto, despertó en mis sentidos
De tiempos más dichosos reminiscencias largas.

Y la mirada inquieta, cual buscando refugio
Para el alma, que sola luchaba entre tinieblas,
Recorrió los altares, esperando que acaso
Algún rayo celeste brillase al fin en ella.

Y... ¡no fué vano empeño ni ilusión engañosa!...
Suave, tibia, pálida la luz rasgó la bruma
Y penetró en el templo, cual entra la alegría
De súbito en el pecho que las penas anublan.

¡Ya yo no estaba sola!... En armonioso grupo,
Como visión soñada, se dibujó en el aire
De un ángel y una santa el contorno divino,
Que en un nimbo envolvía vago el sol de la tarde.

Aquel candor, aquellos delicados perfiles
De celestial belleza, y la inmortal sonrisa
Que hace entreabrir los labios del dulce mensajero
Mientras contempla el rostro de la virgen dormida

En el sueño del éxtasis, y en cuya frente casta
Se transparenta el fuego del amor puro y santo,
Más ardiente y más hondo que todos los amores
Que pudo abrigar nunca el corazón humano;

Aquel grupo que deja absorto el pensamiento,
Que impresiona el espíritu y asombra la mirada,
Me hirió calladamente, como hiere los ojos
Cegados por la noche la blanca luz del alba.

Todo cuanto en mí había de pasión y ternura,
De entusiasmo ferviente y gloriosos empeños,
Ante el sueño admirable que realizó el artista,
Volviendo á tomar vida, resucitó en mi pecho.

Sentí otra vez el fuego que ilumina y que crea
Los secretos anhelos, los amores sin nombre,
Que como al arpa eólica el viento, al alma arrancan
Sus notas más vibrantes, sus más dulces canciones.

Y orando y bendiciendo al que es todo hermosura,
Se dobló mi rodilla, mi frente se inclinó
Ante Él, y conturbada, exclamé de repente:
«¡Hay arte! ¡Hay poesía!... Debe haber cielo; ¡hay
[Dios!»

***

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni
[los pájaros,
Ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros;
Lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo
De mí murmuran y exclaman : [paso
— Ahí va la loca, so-
[ñando
Con la eterna primavera de la vida y de los campos,
Y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos
[canos,
Y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el
[prado.

— Hay canas en mi cabeza; hay en los prados es-
[carcha;
Mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,
Con la eterna primavera de la vida que se apaga
Y la perenne frescura de los campos y las almas,
Aunque los unos se agostan y aunque las otras se
[abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sue-
[ños;
Sin ellos, ¿cómo admiraros, ni cómo vivir sin ellos?

*
* *

Cada vez que recuerda tanto oprobio,
Cada vez digo ¡y lo recuerda siempre!...
Avergonzada su alma
Quisiera en el no ser desvanecerse,
Como la blanca nube
En el espacio azul se desvanece.

Recuerdo... lo que halaga hasta el delirio
Ó da dolor hasta causar la muerte...
No, no es sólo recuerdo,
Sino que es juntamente
El pasado, el presente, el infinito,
Lo que fué, lo que es y ha de ser siempre.

Recuerda el trinar del ave
Y el chasquido de los besos,
Los rumores de la selva,
Cuando en ella gime el viento,
Y del mar las tempestades,
Y la bronca voz del trueno;
Todo halla un eco en las cuerdas
Del arpa que pulsa el genio.

Pero aquel sordo latido
Del corazón que está enfermo
De muerte, y que de amor muere
Y que resuena en el pecho
Como un bordón que se rompe
Dentro de un sepulcro hueco,
Es tan triste y melancólico,
Tan terrible y tan supremo,
Que jamás el genio pudo
Repetirlo con sus ecos.

*
* *

Del mar azul las transparentes olas
Mientras blandas murmuran
Sobre la arena, hasta mis pies rodando,
Tentadoras me besan y me buscan.

Inquietas lamen de mi planta el borde,
Lánzanme airosas su nevada espuma,
Y pienso que me llaman, que me atraen
Hacia sus salas húmedas.

Mas cuando ansiosa quiero
Seguirlas por la líquida llanura,
Se hunde mi pie en la linfa transparente
Y ellas de mí se burlan.
Y huyen abandonándome en la playa
Á la terrena, inacabable lucha,

Como en las tristes playas de la vida
Me abandonó inconstante la fortuna.

*
* *

Si medito en tu eterna grandeza,
Buen Dios, á quien nunca veo,
Y levanto asombrada los ojos,
Hacia el alto firmamento,
Que llenaste de mundos y mundos...
Toda conturbada, pienso
Que soy menos que un átomo leve
Perdido en el universo;
Nada, en fin..., y que al cabo en la nada
Han de perderse mis restos.

Mas si cuando el dolor y la duda
Me atormentan corro al templo,
Y á los pies de la Cruz un refugio
Busco ansiosa implorando remedio,
De Jesús el cruento martirio
Tanto conmueve mi pecho,
Y adivino tan dulces promesas
En sus dolores acerbos,
Que cual niño que reposa
En el regazo materno,
Después de llorar, tranquila
Tras la expiación, espero
Que allá donde Dios habita
He de proseguir viviendo.

I

Los que á través de sus lágrimas,
Sin esfuerzo ni violencia,
Abren paso en el alma afligida
Al nuevo placer que llega;

Los que tras de las fatigas
De una existencia azarosa,
Al dar término al rudo combate
Cogen larga cosecha de gloria;

Y, en fin, todos los dichosos,
Cuyo reino es de este mundo,
Y dudando ó creyendo en el otro
De la tierra se llevan los frutos;

¡Con qué tedio oyen el grito
Del que en vano ha querido y no pudo
Arrojar de sus hombros la carga
Pesada del infortunio!

— Cada cual en silencio devore
Sus penas y sus afanes
—Dicen—, que es de animosos y fuertes
El callar, y es la queja cobarde.

No el lúgubre vaticinio
Que el espíritu turba y sorprende,
Ni el inútil y eterno lamento
Importuno en los aires resuene.

¡Poeta!, en fáciles versos,
Y con estro que alienta los ánimos,
Ven á hablarnos de esperanzas,
Pero no de desengaños.

II

Atrás, pues, mi dolor vano con sus acerbos gemi-
[dos
Que en la inmensidad se pierden, como los sordos
[bramidos
Del mar en las soledades que el líquido amargo lle-
[na!...
¡Atrás!, y que el denso velo de los inútiles lutos,
Rasgándose, libre paso deje al triunfo de los Bruto,
Que asesinados los Césares, ya ni dan premio ni pena...

Pordiosero vergonzante que en cada rincón desierto
Tendiendo la enjuta mano detiene su paso incierto
Para entonar la salmodia, que nadie escucha ni en-
[tiende,
Me pareces dolor mío, de quien reniego en buen hora.
¡Huye, pues, del alma enferma! Y tú, nueva y blanca
[aurora
Toda de promesas harta, sobre mí tu rayos tiende.

III

¡Pensamientos de alas negras!, huid, huid azorados,
Como bandada de cuervos por la tormenta acosados,
Ó como abejas salvajes en quien el fuego hizo presa;
Dejad que amanezca el día de resplandores benditos,
En cuya luz se presienten los placeres infinitos...
¡Y huid con vuestra perenne sombra que en el alma
[pesa!

¡Pensamientos de alas blancas!, ni gimamos ni ro-
[guemos
Como un tiempo, y en los mundos luminosos pene-
[tremos,
En donde nunca resuena la débil voz del caído,
En donde el dorado sueño para en realidad segura,
Y de la humana flaqueza sobre la inmensa amargura
Y sobre el amor que mata sus alas tiende el olvido.

Ni el recuerdo que atormenta como horrible pesa-
[dilla,
Ni la pobreza que abate, ni la miseria que humilla,
Ni de la injusticia el látigo, que al herir mancha y
[condena,
Ni la envidia y la calumnia más que el fuego asola-
[doras,
Existen para el que siente que se deslizan sus horas
Del contento y la abundancia por la corriente serena.

Allí donde nunca el llanto los párpados enrojece;
Donde por dicha se ignora que la humanidad padece
Y que hay seres que codician lo que harto el perro
[desdeña,
Allí, buscando un asilo, mis pensamientos dichosos
Á todo pesar ajenos, lejos de los tenebrosos
Antros del dolor, cantemos á la esperanza risueña.

Frescas voces juveniles, armoniosos instrumentos,
¡Venid!, que á vuestros acordes yo quiero unir mis
[acentos
Vigorosos, y el espacio llenar de animadas notas,
Y entre estatuas y entre flores, entrelazadas las ma-
[nos,
Danzar en honor de todos los venturosos humanos,
Del presente, del futuro y las edades remotas.

IV

Y mi voz, entre el concierto de las graves sinfonías,
De las risas lisonjeras y las locas alegrías,
Se alzó robusta y sonora con la inspiración ardiente
Que enciende en el alma altiva del entusiasmo la lla-
[ma,
Y hace creer al que espera y hace esperar al que ama,
Que hay un cielo en donde vive el amor eternamente.

Del labio amargado un día por lo acerbo de los
[males,
Como de fuente abundosa fluyó la miel á raudales,

Vertiéndose en copas de oro que mi mano orló de
[rosas,
Y bajo de los espléndidos y ricos artesonados
En los palacios inmensos y los salones dorados,
Fuí como flor en quien beben perfumes las mariposas.

Los aplausos resonaban con estruendo en torno
[mío,
Como el vendaval resuena cuando se desborda el río
Por la lóbrega encañada que adusto el pinar sombrea;
Genio supremo y sublime del porvenir me aclamaron,
Y trofeos y coronas á mis plantas arrojaron,
Como á los pies del guerrero vencedor en la pelea.

V

Mas un día, de aquel bello y encantado paraíso,
Donde con tantas victorias la suerte brindarme quiso,
Volví al mundo desolado de mis antiguos amores,
Cual mendigo que á su albergue torna de riquezas
[lleno;
Pero al verme los que ausente me lloraran, de su seno
Me rechazaron cual suele rechazarse á los traidores.

Y con agudos silbidos y entre sonrisas burlonas,
Renegaron de mi numen y pisaron mis coronas,
De sus iras envolviéndome en la furiosa tormenta;
Y sombrío y cabizbajo como Caín el maldito,

El execrable anatema llevando en la frente escrito,
Refugio busqué en la sombra para devorar mi afrenta.

VI

No hay mancha que siempre dure, ni culpa que [perdonada
Deje de ser, si con llanto de contrición fué regada;
Así, cuando de la mía se borró el rastro infamante,
Como en el cielo se borra el de la estrella que pasa,
Pasé yo entre los mortales, como el pie sobre la brasa,
Sin volver atrás los ojos ni mirar hacia adelante.

Y á mi corazón le dije: «Si no es vano tu ardimien- [to
Y en ti el manantial rebosa del amor y el sentimiento,
Fuentes en donde el poeta apaga su sed divina,
Sé tú mi musa, y cantemos sin preguntarle á las gen- [tes
Si aman las alegres trovas ó los suspiros dolientes,
Si gustan del sol que nace ó buscan al que declina.»

***

Mientras el hielo las cubre
Con sus hilos brillantes de plata,
Todas las plantas están ateridas,
Ateridas como mi alma.

Esos hielos para ellas
Son promesa de flores tempranas,
Son para mí silenciosos obreros
Que están tejiéndome la mortaja.

*
* *

Pensaban que estaba ocioso
En sus prisiones estrechas,
Y nunca estarlo ha podido
Quien firme al pie de la brecha,
En guerra desesperada,
Contra sí mismo pelea.

Pensaban que estaba solo,
Y no lo estuvo jamás

El forjador de fantasmas
Que ve siempre en lo real
Lo falso, y en sus visiones
La imagen de la verdad.

*
* *

Brillaban en la altura cual moribundas chispas
Las pálidas estrellas,
Y abajo..., muy abajo, en la callada selva,
Sentíanse en las hojas próximas á secarse,
Y en las marchitas hierbas,
Algo como estallidos de arterias que se rompen
Y huesos que se quiebran.
¡Qué cosas tan extrañas finge una mente enferma!

Tan honda era la noche,
La obscuridad tan densa,
Que ciega la pupila
Si se fijaba en ella,
Creía ver brillando entre la espesa sombra
Como en la inmensa altura las pálidas estrellas.
¡Qué cosas tan extrañas se ven en las tinieblas!

En su ilusión, creyóse por el vacío envuelto,
Y en él queriendo hundirse,
Y girar con los astros por el celeste piélago,
Fué á estrellarse en las rocas, que la noche ocultaba
Bajo su manto espeso.

*
* *

Son los corazones de algunas criaturas
Como los caminos muy transitados,
Donde las pisadas de los que ahora llegan,
Borran las pisadas de los que pasaron :
No será posible que dejéis en ellos,
De vuestro cariño, recuerdo ni rastro.

*
* *

Al oir las canciones
Que en otro tiempo oía,
Del fondo en donde duermen mis pasiones
El sueño de la nada,
Pienso que se alza irónica y sombría
La imagen ya enterrada
De mis blancas y hermosas ilusiones,
Para decirme :
— ¡Necia!, lo que es ido
¡No vuelve!; lo pasado se ha perdido
Como en la noche va á perderse el día,
Ni hay para la vejez resurrecciones...

¡Por Dios, no me cantéis esas canciones
Que en otro tiempo oía!

*
* *

Vosotros que del cielo que forjasteis
Vivís como Narciso enamorados,
No lograréis cambiar de la criatura
En su esencia, la misma enternamente,
Los instintos innatos.

No borraréis jamás del alma humana
El orgullo de raza, el amor patrio,
La vanidad del propio valimiento,
Ni el orgullo del ser que se resiste
Á perder de su ser un solo átomo.

Á LA LUNA

I

¡Con qué pura y serena transparencia
Brilla esta noche la luna!
Á imagen de la cándida inocencia,
No tiene mancha ninguna.

De su pálido rayo la luz pura
Como lluvia de oro cae
Sobre las largas cintas de verdura
Que la brisa lleva y trae.

Y el mármol de las tumbas ilumina
Con melancólica lumbre,
Y las corrientes de agua cristalina
Que bajan de la alta cumbre.

La lejana llanura, las praderas,
El mar de espuma cubierto,
Donde nacen las ondas plañideras,
El blanco arenal desierto.

La iglesia, el campanario, el viejo muro,
La ría en su curso varia,
Todo lo ves desde tu cenit puro,
Casta virgen solitaria.

II

Todo lo ves, y todos los mortales
Cuantos en el mundo habitan,
En busca del alivio de sus males,
Tu blanca luz solicitan.

Unos para consuelo de dolores;
Otros tras de ensueños de oro,
Que con vagos y tibios resplandores
Vierte tu rayo incoloro.

Y otros, en fin, para gustar contigo
Esas venturas robadas,
Que huyen del sol, acusador testigo,
Pero no de tus miradas.

III

Y yo, celosa como me dió el cielo
Y mi destino inconstante,
Correr quisiera un misterioso velo
Sobre tu casto semblante.

Y sueña mi exaltada fantasía
Que sólo yo te contemplo,
Y como que es hermosa en demasía
Te doy mi patria por templo.

Pues digo con orgullo que en la esfera
Jamás brilló luz alguna
Que en su claro fulgor se pareciera
Á nuestra cándida luna.

Mas ¡qué delirio y qué ilusión tan vana
Ésta que llena mi mente!...
De altísimas regiones soberana
Nos miras indiferente.

Y sigues en silencio tu camino
Siempre impasible y serena,
Dejándome sujeta á mi destino
Como el preso á su cadena.

Y á alumbrar vas un suelo más dichoso
Que nuestro encantado suelo,
Aunque no más fecundo y más hermoso,
Pues no le hay bajo del cielo.

No hizo Dios cual mi patria otra tan bella
En luz, perfume y frescura,
Sólo que le dió en cambio mala estrella,
Dote de toda hermosura.

IV

Dígote, pues, adiós, tú cuanto amada,
Indiferente y esquiva;
¿Qué eres al fin, ¡oh hermosa!, comparada
Al que es llama ardiente y viva?

Adiós..., adiós, y quiera la fortuna,
Descolorida doncella,
Que tierra tan feliz no halles ninguna
Como mi Galicia bella.

Y que al tornar viajera sin reposo
De nuevo á nuestras regiones,
En donde un tiempo el celta vigoroso
Te envió sus oraciones,

En vez de lutos como un tiempo, veas
La abundancia en sus hogares,
Y que en ciudades, villas y aldeas
Han vuelto los ausentes á sus lares.

* * *

«Yo en mi lecho de abrojos,
Tú en tu lecho de rosas y de plumas,
Verdad dijo el que dijo que un abismo
Media entre mi miseria y tu fortuna.
Mas yo no cambiaría
Por tu lecho mi lecho,
Pues rosas hay que manchan y emponzoñan,
Y abrojos que á través de su aspereza
Nos conducen al cielo.»

* * *

Con ese orgullo de la honrada y triste
Miseria resignada á sus tormentos,
La virgen pobre su canción entona
En el mísero y lóbrego aposento,
Y mientras ella suspira murmura á sus oídos
Otra voz : «No seas tonta;

Entre plumas y rosas descansemos,
Que hallo mejor anticipar los goces
De la gloria en la tierra, y que impaciente
Por ti aguarde el infierno;
El infierno á quien vence el que ha pecado
Con su arrepentimiento.
¡Bien hayas tú, la que el placer apuras,
Y tú pobre y ascética mal hayas!
La vida es breve, el porvenir obscuro,
Cierta la muerte, y venturosa aquella
Que en vez de sueños realidades ama.»

Ella, triste, de súbito suspira
Interrumpiendo su cantar, y bañan,

Frías y silenciosas,
Su semblante las lágrimas.

¿Quién levantó tal tempestad de llanto
En aquella alma blanca y sin rencores
Que aceptaba serena su desdicha
Con fe, esperando en los celestes dones?
¡Quién!... El perenne instigador oculto
De la insidiosa duda; el monstruo informe
Que ya es la fiebre del carnal deseo,
Ya el montón de oro que al brillar corrompe,
Ya de amor puro la fingida imagen...
Otra vez el de siempre... ¡Mefistófeles!
Que aunque hoy así no se le llame, acaso
Proseguirá sin nombre la batalla,
Porque mudan los nombres, mas las cosas
Eternas, ni se mudan ni se cambian.

* * *

Viéndome perseguido por la alondra
Que en su rápido vuelo
Arrebatarme quiso en su piquillo
Para dar alimento á sus polluelos,

Yo, diminuto insecto de alas de oro,
Refugio hallé en el cáliz de una rosa,
Y allí viví dichoso desde el alba
Hasta la nueva aurora.

Mas aunque era tan fresca y perfumada
La rosa, como yo no encontró abrigo
Contra el viento, que alzándose en el bosque
Arrastróla en revuelto torbellino.

Y rodamos los dos en fango envueltos
Para ya nunca levantarse ella,
Y yo para llorar eternamente
Mi amor primero y mi ilusión postrera.

* * *

De repente los ecos divinos
Que en el templo se apagaron,
Desde lejos de nuevo llamáronle
Con el poderoso encanto
Que del fondo del sepulcro
Hizo levantar á Lázaro.

Agitóse al oirlos su alma
Y volvió de su sueño letárgico
Á la vida, como vuelve
Á su patria el desterrado
Que ve al fin los lugares queridos,
Mas no á los seres amados.

Alma que has despertado
Vuelve á quedar dormida;
No es que aparece el alba,
Es que ya muere el día
Y te envía en su rayo postrero
La postrimera caricia.

*
* *

Si al festín de los dioses llegas tarde,
Ya del néctar celeste
Que rebosó en las ánforas divinas
Sólo, alma triste, encontrarás las heces.

Mas aun así de su amargor dulcísimo
Conservarás tan íntimos recuerdos,
Que bastarán á consolar tus penas
De la vida en el áspero desierto.

* * *

La *palabra y la idea*... Hay un abismo
Entre ambas cosas, orador sublime:
Si es que supiste amar, di: cuando amaste,
¿No es verdad, no es verdad que enmudeciste?
¿Cuando has aborrecido, no has guardado
Silencioso la hiel de tus rencores
En lo más hondo y escondido y negro
Que hallar puede en sí un hombre?
Un beso, una mirada,
Suavísimo lenguaje de los cielos;
Un puñal afilado, un golpe aleve,
Expresivo lenguaje del infierno.
Mas la palabra, en vano,
Cuando el odio ó el amor llenan la vida,
Al convulsivo labio balbuciente
Se agolpa y precipita.
¡Qué ha de decir!; desventurada y muda,
De tan hondos, tan íntimos secretos,
La lengua humana, torpe, no traduce
El velado misterio.

Palpita el corazón enfermo y triste,
Languidece el espíritu, he aquí todo;
Después se rompe el frágil
Vaso, y la esencia elévase á lo ignoto.

* * *

«Los muertos van de prisa»,
El poeta lo ha dicho;
Van tan de prisa, que sus sombras pálidas
Se pierden del olvido en los abismos
Con mayor rapidez que la centella
Se pierde en los espacios infinitos.

«Los muertos van de prisa»; mas yo creo
Que aún mucho más de prisa van los vivos.
¡Los vivos!, que con ansia abrasadora,
Cuando apenas vivieron
Un instante de gloria, un solo día
De júbilo, y mucho antes de haber muerto,
Unos á otros sin piedad se entierran
Para heredarse presto.

* * *

Á sus plantas se agitan los hombres,
Como el salvaje hormiguero,
En cualquier rincón oculto

De un camino olvidado y desierto,
¡Cuál le irritan sus gritos de júbilo,
Sus risas y sus acentos,
Gratos como la esperanza,
Como la dicha soberbios!...

Todos alegres se miran,
Se tropiezan, y en revuelto
Torbellino van y vienen
Á la luz de un sol espléndido,
Del cual tiene que ocultarse,
Roto, miserable, hambriento.

¡Ah!, si él fuera la nube plomiza
Que lleva el rayo en su seno,
Apagara la antorcha celeste
Con sus enlutados velos,
Y llenara de sombras el mundo
Cual lo están sus pensamientos.

*
* *

Era en abril, y de la nieve al peso
Aún se doblaron los morados lirios;
Era en diciembre y se agostó la hierba
Al sol, como se agosta en el estío.
En verano ó en invierno, no lo dudes,
Adulto, anciano ó niño,
Y hierba y flor, son víctimas eternas
De las amargas burlas del destino.

Sucumbe el joven, y encorvado, enfermo,
Sobrevive el anciano; muere el rico
Que ama la vida, y el mendigo hambriento
Que ama la muerte es como eterno vivo.

*
* *

Prodigando sonrisas,
Que aplausos demandaban,
Apareció en la escena, alta la frente,
Soberbia la mirada,
Y sin ver ni pensar más que en sí misma,
Entre la turba aduladora y mansa
Que la aclamaba sol del universo,
Como noche de horror pudo aclamarla,
Pasó á mi lado y arrollarme quiso
Con su triunfal carroza de oro y nácar;
Yo me aparté, y fijando mis pupilas
En las suyas airadas :
— ¡Es la inmodestia! — al conocerla dije,
Y sin enojo la volví la espalda.

Mas tú cree y espera, ¡alma dichosa!,
Que al cabo ése es el sino
Feliz de los que elige el desengaño
Para llevar la palma del martirio.

LAS CAMPANAS

Yo las amo, yo las oigo,
Cual oigo el rumor del viento,
El murmurar de la fuente
Ó el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas,
Tan pronto asoma en los cielos
El primer rayo del alba,
Le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van prolongándose
Por los llanos y los cerros,
Hay algo de candoroso,
De apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡Qué tristeza en el aire y el cielo!
¡Qué silencio en las iglesias!
¡Qué extrañeza entre los muertos!

* * *

En la altura los cuervos graznaban,
Los deudos gemían en torno del muerto,
Y las ondas airadas mezclaban
Sus bramidos al triste concierto.

—

Algo había de irónico y rudo
En los ecos de tal sinfonía,
Algo negro, fantástico y mudo
Que del alma las cuerdas hería.

—

Bien pronto cesaron los fúnebres cantos;
Esparcióse la turba curiosa;
Acabaron gemidos y llantos
Y dejaron al muerto en su fosa.

Tan sólo á lo lejos, rasgando la bruma,
Del negro estandarte las orlas flotaron,
Como flota en el aire la pluma
Que al ave nocturna los vientos robaron.

* * *

Ansia que ardiente crece,
Vertiginoso vuelo
Tras de algo que nos llama
Con murmurar incierto.
Sorpresas celestiales,
Dichas que nos asombran;
Así cuando buscamos lo escondido,
Así comienzan del amor las horas.

Inacabable angustia,
Hondo dolor del alma,
Recuerdo que no muere,
Deseo que no acaba,
Vigilia de la noche,
Torpe sueño del día
Es lo que queda del placer gustado,
Es el amargo fruto de la vida.

* * *

Aunque mi cuerpo se hiela
Me imagino que me quemo,

Y es que el hielo algunas veces
Hace la impresión del fuego.

*
* *

Á las rubias envidias
Porque naciste con color moreno,
Y te parecen ellas blancos ángeles
Que han bajado del cielo.
¡Ah!, pues no olvides, niña,
Y ten por cosa cierta,
Que mucho más que un ángel siempre pudo
Un demonio en la tierra.

*
* *

De este mundo en la comedia
Eterna vienen y van
Bajo un mismo velo envueltas
La mentira y la verdad;
Por eso al verlas el hombre
Tras del mágico cendal
Que vela la faz de entrambas,
Nunca puede adivinar
Con certeza cuál es de ellas
La mentira ó la verdad.

*
* *

Triste loco de atar el que ama menos
Le llama al que ama más;

Y terco impenitente, al que no olvida
El que puede olvidar;
Del rico el pobre en su interior maldice,
Cual si él rico no fuera si pudiese,
Y aquél siente hacia el pobre lo que el blanco
Hacia las razas inferiores siente.

*
* *

Justicia de los hombres, yo te busco,
Pero sólo te encuentro
En la *palabra*, que tu nombre aplaude,
Mientras te niega tenazmente el *hecho*.

— ¡Y tú, dónde resides? — me pregunto
Con aflicción —, justicia de los cielos,
Cuando el pecado es obra de un instante
Y durará la expiación terrible
¡Mientras dure el infierno!

* * *

Sed de amores tenía, y dejaste
Que la apagase en tu boca
¡Piadosa samaritana!
Y te encontraste sin honra,
Ignorando que hay labios que secan
Y que manchan cuanto tocan.

—

¡Lo ignorabas!..., y ahora lo sabes,
Pero yo sé también, pecadora
Compasiva, porque á veces
Hay compasiones traidoras,
Que si el sediento volviese
Á implorar misericordia,
Su sed de nuevo apagaras,
Samaritana piadosa.

—

No volverá, te lo juro;
Desde que una fuente enlodan

Con su pico esas aves de paso,
Se van á beber á otra.

*
* *

Sintiéndose acabar con el estío
La desahuciada enferma,
— ¡Moriré en el otoño! —
Pensó entre melancólica y contenta,
Y sentiré rodar sobre mi tumba
Las hojas también muertas.

Mas... ni aun la muerte complacer la quiso,
Cruel también con ella:
Perdonóle la vida en el invierno,
Y cuando todo renacía en la tierra
La mató lentamente, entre los himnos
Alegres de la hermosa primavera.

*
* *

Una cuerda tirante guarda mi seno,
Que al menor viento lanza siempre un gemido,
Mas no repite nunca más que un sonido
Monótono, vibrante, profundo y lleno.

Fué ayer y es hoy y siempre:
Al abrir mi ventana,

Veo en Oriente amanecer la aurora,
Después hundirse el sol en lontananza.
        Van tantos años de esto,
        Que cuando á muerto tocan,
Yo no sé si es pecado, pero digo:
—¡Qué dichoso es el muerto, ó qué dichosa!

* * *

Al caer despeñado en la hondura
Desde la alta cima,
Duras rocas quebraron sus huesos,
Hirieron sus carnes agudas espinas,
Y el torrente de lecho sombrío
Rasgando sus linfas,
Y entreabriendo sus húmedos labios
Con negra sonrisa,
Vino á darle un beso de muerte,
Cerrando en los suyos el paso á la vida.

—

Despertáronle luego, y temblando
De angustia y de miedo,
— ¡Ah!, ¡por qué despertar? — preguntóse
Después de haber muerto.

—

Al pie de su tumba
Con violados y ardientes reflejos,
Flotando en la niebla

Vió dos ojos brillantes de fuego
Que al mirarle ahuyentaban el frío
De la muerte, templando su seno.
Y del yermo sin fin de su espíritu
Ya vuelto á la vida, rompiéndose el hielo,
Sintió al cabo brotar en el alma
La flor de la dicha, que engendra el deseo.
Dios no quiso que entrase infecunda
En la fértil región de los cielos;
Piedad tuvo del ánimo triste
Que el germen guardaba de goces eternos.

* * *

Desde los cuatro puntos cardinales
De nuestro buen planeta
— Joven, pese á sus múltiples arrugas —,
Miles de inteligencias
Poderosas y activas,
Para ensanchar los campos de la ciencia,
Tan vastos ya que la razón se pierde
En sus frondas inmensas,
Acuden á la cita que el Progreso
Les da desde su templo de cien puertas.

Obreros incansables, ¡yo os saludo!
Llena de asombro y de respeto llena,
Viendo cómo la Fe que guió un día
Hacia el desierto al santo anacoreta,
Hoy con la misma venda transparente
Hasta el umbral de lo imposible os lleva.
¡Esperad y creed!, *crea* el que cree,
Y ama con doble ardor aquel que espera.

Pero yo en el rincón más escondido
Y también más hermoso de la tierra,
Sin esperar á Ulises
(Que el nuestro ha naufragado en la tormenta),
Semejante á Penélope
Tejo y destejo sin cesar mi tela,
Pensando que ésta es del destino humano
La incansable tarea,
Y que ahora subiendo, ahora bajando,
Unas veces con luz, otras á ciegas,
Cumplimos nuestros días y llegamos
Más tarde ó más temprano á la ribera.

* * *

Aún otra amarga gota en el mar sin orillas,
Donde lo grande pasa de prisa y lo pequeño
Desaparece ó se hunde, como piedra arrojada
De las aguas profundas del estancado légamo.

Vicio, pasión, ó acaso enfermedad del alma,
Débil á caer vuelve siempre en la tentación.
Y escribe como escriben las olas en la arena,
El viento en la laguna y en la neblina el sol.

Mas nunca nos asombra que trine ó cante el ave,
Ni que eterna repita sus murmullos el agua;
Canta, pues, ¡oh poeta!, canta, que no eres menos
Que el ave y el arroyo que en ondas se desata.

*
* *

En incesante encarnizada lucha,
En pugilato eterno,
Unos tras otros al palenque vienen
Para luchar, seguidos del estruendo

De los aplausos prodigados siempre
De un modo igual á todos.
Todos genios
Sublimes é inmortales se proclaman
Sin rubor; mas bien presto
Al ruido de la efímera victoria
Se sucede el silencio
Sepulcral del olvido, y juntos todos,
Los grandes, los medianos, los pequeños,
Cual en tumba común, perdidos quedan
Sin que nadie se acuerde que existieron.

*
* *

Glorias hay que deslumbran, cual deslumbra
El vivo resplandor de los relámpagos,
Y que como él se apagan en la sombra,
Sin dejar de su luz huella ni rastro.

Yo prefiero de ese brillo de un instante
La triste soledad donde batallo,
Y adonde nunca á perturbar mi espíritu
Llega el vano rumor de los aplausos.

*
* *

¡Oh gloria!, deidad vana cual todas las deidades,
Que en el orgullo humano tienen altar y asiento,
Jamás te rendí culto, jamás mi frente altiva
Se inclinó de tu trono ante el dosel soberbio.

En el dintel obscuro de mi pobre morada,
No espero que detengas el breve alado pie;
Porque jamás mi alma te persiguió en sus sueños,
Ni de tu amor voluble quiso gustar la miel.

¡Cuántos te han alcanzado que no te merecían!
Y ¡cuántos cuyo nombre debiste hacer eterno,
En brazos del olvido más triste y más profundo
Perdidos para siempre duermen el postrer sueño!

I

Tú para mí, yo para ti, bien mío
— Murmurabais los dos —;
«Es el amor la esencia de la vida,
No hay vida sin amor.»

¡Qué tiempo aquel de alegres armonías!...
¡Qué albos rayos de sol!...
¡Qué tibias noches de susurros llenas,
Qué horas de bendición!

¡Qué aroma, qué perfumes, qué belleza
En cuanto Dios crió,
Y cómo entre sonrisas murmurabais :
«No hay vida sin amor.»

II

Después, cual lampo fugitivo y leve,
Como soplo veloz,
Pasó el amor..., la ciencia de la vida...
Mas... aun vivís los dos.

Tú de otro y de otra yo — dijisteis luego.
¡Oh mundo engañador!
Ya no hubo noches de serena calma,
Brilló enturbiado el sol...

¿Y aún, vieja encina, resististe?, ¿aún late,
Mujer, tu corazón?
No es tiempo ya de delirar; no torna
Lo que por siempre huyó.

No sueñes, ¡ay!, pues que llegó el invierno
Frío y desolador.
Huella la nieve, valerosa, y cante
Enérgica tu voz.
¡Amor!, llama inmortal, rey de la tierra,
Ya para siempre ¡adiós!

1867.

I

Tiemblan las hojas, y mi alma tiembla,
Pasó el verano...
Y para el pobre corazón mío,
Unos tras otros ¡pasaron tantos!

—

Cuando en las noches tristes y largas
Que están llegando
Brille la luna, ¡cuántos sepulcros
Que antes no ha visto verá á su paso!

—

Cuando entre nubes hasta mi lecho
Llegue su rayo,
¡Cuán tristemente los yermos fríos
De mi alma sola, no irá alumbrando!

II

Pobre alma sola, no te entristezcas,
Deja que pasen, deja que lleguen
La primavera y el triste otoño,
Ora el estío y ora las nieves.

Que no tan sólo para ti corren
Horas y meses;
Todo contigo, seres y mundos,
De prisa marchan, todo envejece.

—

Que hoy, mañana, antes y ahora,
Lo mismo siempre,
Hombres y frutos, plantas y flores,
Vienen y vanse, nacen y mueren.

—

Cuando te apene lo que atrás dejas,
Recuerda siempre
Que es más dichoso quien de la vida
Mayor espacio corrido tiene.

* * *

No va solo el que llora.
No os sequéis, por piedad, lágrimas mías;
Basta un pesar al alma,
Jamás, jamás le bastará una dicha.

—

Juguete del destino, arista humilde,
Rodé triste y perdida;
Pero conmigo lo llevaba todo:
Llevaba mi dolor por compañía.

* * *

«¡La copa es de oro fino,
El néctar que contiene es de los cielos!»
Dijo, y bebió con ansia
Hasta el último sorbo de veneno.

—

¡Era tarde!; después ardió su sangre
Emponzoñada, y muerto,
Aun rojiza brillaba en su sepulcro
La llama inextinguible del deseo.

* * *

¡Ea!, ¡aprisa subamos de la vida
La cada vez más empinada cuesta!
Empújame dolor, y hálleme luego
En su cima fantástica y desierta.

—

No, ni amante, ni amigo,
Allí podrá seguirme;
¡Avancemos!... ¡Yo ansío de la muerte
La soledad terrible!

—

Mas ¿para qué subir?; fatiga inútil
Cuando es la vida fatigosa llama,
Y podemos, ¡poder desventurado!,
Con un soplo levísimo apagarla.

—

Ruge á mis pies el mar, ¡soberbia tumba!
La onda encrespada estréllase imponente

Contra la roca, y triste muere el día
Como en el hombre la esperanza muere.

—

¡Morir!; esto es lo cierto;
Y todo lo demás mentira y humo;
Y del abismo inmenso,
Un cuerpo sepultóse en lo profundo.

—

Lo que encontró después posible y cierto
El suicida infeliz, ¿quién lo adivina?
¡Dichoso aquel que espera
Tras de esta vida hallarse en mejor vida!

***

Yo no he nacido para odiar, sin duda,
Ni tampoco he nacido para amar,
Cuando el amor y el odio han lastimado
Mi corazón de una manera igual.

Como la peña oculta por el musgo
De algún arroyo solitario al pie,
Inmóvil y olvidada, yo quisiera
Ya vivir sin amar ni aborrecer.

* * *

Cayendo van los bravos combatientes
Y más se aclaran cada vez las filas.
No lloréis, sin embargo;
En el vacío que los muertos dejan
Otros vendrán á proseguir la liza.

—

¡Vendrán!...; mas presto del vampiro odioso
Destruid las guaridas,
Si no queréis que los guerreros vuelvan
Tristes y obscuros á morir sin gloria
Antes de ver la patria redimida.

* * *

Viendo que, semejantes á las flores
Que el huracán en su furor deshace,
Éstos, después de aquéllos,
Llenos de vida y de esperanzas caen
Al entrar en la lid donde con gloria
Por la patria combaten,

Tal como el pobre abuelo que contempla
Del nietezuelo amado los despojos,
Exclamó alzando la mirada al cielo
De angustia lleno y doloroso asombro:
—¡Pero es verdad, Dios mío, que ellos mueren
Y quedamos nosotros!

En la *Corona fúnebre* de Andrés Muruais, 1883.

* * *

Más rápidos que el rayo,
Más alados que el viento,
Inquietos vagamundos que no pueden
Refrenar nunca el inconstante vuelo,
Así descienden de la mar al fondo
Como escalan la altura de los cielos.

Mas si son impalpables é incorpóreos
Y múltiples y varios,
¿Por qué llamarles pensamientos negros
Ó pensamientos blancos,
Si no tienen color, esos del alma
Invisibles
Eternos é invisibles soberanos?

* * *

Hora tras hora, día tras día,
Entre el cielo y la tierra que quedan
Eternos vigías,
Como torrente que se despeña
Pasa la vida.

Devolvedle á la flor su perfume
Después de marchita;
De las ondas que besan la playa
Y que unas tras otras besándola expiran,
Recoged los rumores, las quejas,
Y en planchas de bronce grabar su armonía.

Tiempos que fueron, llantos y risas,
Negros tormentos, dulces mentiras,
¡Ay! ¿En dónde su rastro dejaron,
En dónde, alma mía?

* * *

Tan sólo dudas y terrores siento,
Divino Cristo, si de Ti me aparto;
Mas cuando hacia la Cruz vuelvo los ojos,
Me resigno á seguir con mi calvario.
Y alzando al cielo la mirada ansiosa
Busco á tu Padre en el espacio inmenso,
Como el piloto en la tormenta busca
La luz del faro que le guíe al puerto.

APÉNDICE

EN LAS ORILLAS DEL SAR

POESÍAS POR DOÑA ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA

Mucho hace ya que, gracias á atenta deferencia de su autora, ocupa este libro un puesto en mi modesta biblioteca; pero ocupaciones imprescindibles que me llevaron muy lejos del campo de las letras; la escasez de tiempo consiguiente, y una cierta pereza para escribir de que me encuentro acometido, fueron causa de que este artículo salga un tanto trasnochado: sírvame esto de disculpa ante la dulce poetisa que me distingue con su consideración.

Que el artista que lo es de veras imprime á sus obras el indeleble sello de su personalidad, cosa es indudable; y á través de ellas ve, el que de esto entiende, el carácter, el genio, la persona, en fin, del que las crea. No otra cosa que este sello es lo que se llama la *manera* del artista, modo de hacer que los mediocres y más ó menos vulgares toman de su

maestro ó de su modelo favorito, pero que los grandes crean siempre, haciéndole original y propio. Y, como no puede ser menos, esta *manera* ó esta *factura,* según ahora se dice, está íntimamente ligada con el modo de sentir, de pensar y de querer, y hasta con las condiciones exteriores de la vida del artista. Así se explica que muchos hayan tenido dos ó más *maneras,* en relación acaso con las distintas épocas de su vida, quién sabe si en consonancia con las revoluciones de su espíritu.

Cosa curiosa es, por cierto, cuando se estudian las obras de un artista renombrado, seguir paso á paso el desarrollo de su genio, verle nacer é iniciarse, quizá tímido é indeciso, en sus primeros destellos, crecer después en ulteriores ensayos, mostrarse más tarde en todo su esplendor y lozanía, y llegar, por fin, á su ocaso precedido ó no de desmayo y decadencia. Estudio interesante el que puede hacerse de este modo, asistiendo á todos los aciertos y á todas las debilidades, adivinando las vacilaciones, descubriendo los momentos de valor, y contemplando, en fin, la vida del genio escrita en sus obras con imborrables caracteres.

Y este estudio es más completo y profundo si, á la par que las obras, conocemos al autor y la historia de su vida; porque entonces de tal suerte nos parecen concordadas las unas y la otra; á tal punto hacemos llegar el lazo de unión que las estrecha, que nos parecen ellas la representación animada de la vida del artista. Y vemos en los tonos de luz las alegrías de

su alma; las dudas de su espíritu abatido en los trazos más seguros y en los perfiles indecisos; las vicisitudes de su suerte en los vaivenes de su estilo; y las amarguras de su corazón en las tintas obscuras, en las sombras recargadas y en los manchones informes, rastros acaso de la huella de sus lágrimas.

No es posible desechar estas ideas al leer las poesías de Rosalía Castro; de tal manera se ven en ellas confirmadas. *Cantares gallegos, Follas novas* y *En las orillas del Sar,* son los tres libros que señalan las etapas de su vida literaria. Destila el primero toda la fragancia y la frescura de los primeros años : vese á su través á la mujer joven y mimada de la fortuna, á quien su fantasía se complace en pintar un porvenir de rosas. Son aquellos *Cantares* el primer gorjeo del ruiseñor que despierta para saludar á la aurora, el primer rayo que el sol envía á la tierra para acariciarla, el primer beso que la brisa deposita en el cáliz de la flor. Alegres como la inocencia y juguetones como la infancia, atraen y seducen como seduce y atrae lo más seductor que Dios crió en el universo : los ángeles y los niños.

El tiempo, que no sabe correr sin esparcir abrojos, hizo que á Rosalía le correspondiesen no pocos; y al publicar más tarde su libro *Follas novas,* aparece la que pudiera llamarse su segunda *manera :* á las poesías sueltas y bulliciosas como cascadas de notas, suceden las baladas melancólicas, en cuyo fondo se siente palpitar á veces la ironía intencionada, y aun el sarcasmo acerbo. Son también estas poesías más

viriles y más sentidas: hay entre ellas prodigios de descripción y maravillas de sentimiento, cierta filosofía sutil en el fondo y dichosos atrevimientos de *factura*. Por aquel tiempo era también la época de esta clase de poesía. Bécquer, el inolvidable, el artista nunca bastante llorado, había dado ya la pauta del *idealismo racional*, y sus *rimas* eran repetidas por todos los labios y repercutían en todos los corazones. Á este mismo género pertenecen la mayor parte de *Follas novas*.

Acaso no aparece tan marcada la distancia que de este libro separa al que ahora examinamos. Hay en aquél baladas que parecen como el atisbo de sentimientos que *En las orillas del Sar* se desarrollan y medran desmesuradamente. Así y todo, hay entre ambos una diferencia radical. En *Follas novas*, en medio de la melancolía de que aparecen impregnadas, encuéntrase á menudo una nota festiva, último eco de pasadas alegrías, trazo final de juveniles desenfados. Aunque el dolor es lo que resalta en ellas, no es de ordinario el dolor amargo y sombrío, sino más bien el suave reflejo de una dulce tristeza. *En las orillas del Sar*, todo lo contrario: inútil es buscar allí ya nada plácido ni alegre. La amargura lo domina todo. Los versos de esta colección son hermosamente bellos, pero bellos como el arrullo de la tórtola, como la caída de la hoja, como la puesta del sol. Analicémoslos.

Lo primero que resalta en este libro es la forma peculiarísima en que está escrito. Á semejanza de esa

música alemana que, quizá sobrado grande para caber en las estrecheces del pentagrama, amenaza á cada paso con destruir la armonía á fuerza de atrevimientos, así estos versos son, más que artificios literarios, quejas espontáneas de un alma dolorida; saltan por encima de todas las reglas y se forjan una medida y una rima que concuerde con la grandeza de su amargura. Ni las *Rimas* de Bécquer, ni el *Intermezzo* de Heine, le ganan en soltura y libertad, siquiera sean éstos á los que mejor pueden compararse. En efecto; Rosalía es, como ellos, poeta propiamente *subjetivo*, que no necesita para cantar inspirarse en el mundo exterior, sino que le basta recogerse y contemplar el mundo de su alma. Por esa razón, ellos y ella son al presente, según yo entiendo, la genuina expresión de la verdadera poesía lírica.

Y ya que hice mención de los poetas alemanes, he de añadir que encuentro grandes afinidades entre ellos y la poetisa gallega. Unos y otra son, ante todo, poetas de su país, cuyo ambiente, por decirlo así, respiran sus versos; la tristeza y la amargura son las notas dominantes, tanto en las canciones gallegas como en las *lieder* germánicas, y unas y otras son producciones subjetivas y líricas. ¿Qué más? Cualquiera que haya leído un poco los poetas alemanes y lea los versos de Rosalía, notará que en ambos palpita vivo y lozano un sentimiento generoso que domina á todos los demás : el amor á su patria. ¿Quién al leer aquellas sentidísimas estrofas que comienzan

¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella,

no recuerda la *Lied von Rheim,* de Matzerath, cuando dice :

Mein Heimatland, ó du herrlicher Rehin!,

Acaso en estas semejanzas, y más que nada en la forma especial que revisten los versos de este libro, encuentren algunos algo que censurar. Por mi parte confieso que, acostumbrado como estaba, y como están casi todos los españoles, á considerar los versos *como música,* me costó algún trabajo el aprender á estudiarlos *como escultura.* Encariñado el oído con la ingénita cadencia que nuestra lengua, armoniosa sobre todas (aunque alguien se escandalice al leerlo), imprime á la poesía, á duras penas se resigna á prescindir de cesuras y asonancias; conseguido esto, sin embargo, encuéntrase luego solaz y encanto en esos que antes parecían inarmónicos acordes.

Más bien que en esto, hallo yo pecado en el amargo desencanto, no sistemático, sin duda, sino espontáneo, que impera en todo el libro, desencanto y amargura que hace que la autora juzgue alguna vez con equivocado criterio las cosas y los hechos. Tiene, sin embargo, esta falta muy atendible explicación: cuando el espíritu y el cuerpo están atormentados por acerbísimos dolores, abundan las sombras en los ojos y en el alma, que es el pesar obscuro, prisma que todo lo ennegrece. Fuera de esto, son estas poesías de primer orden, y bastarían por sí solas para dar á su autora el merecidísimo renombre de que goza. Escritas con asombrosa facilidad, con una

como frialdad aparente, con abandono, hasta con desdén, son todas ellas sentidas, profundas, *hondas;* y guardan, bajo la vestidura especial de su aderezo, dolores y desgarramientos tales, que quien las lea sin sentir enrojecidas las mejillas y ardientes los ojos, ha de ser insensible de veras.

En realidad, no se puede escoger entre ellas; pero á mí causáronme singular complacencia, entre otras varias, *Las campanas* y *Los robles.* Es la primera una rima inocente, candorosa, llena de perfume y de fe, y también de amor y meditación. La segunda es una inspiración robusta y sostenida, donde el mágico pincel de Rosalía, rico en hechizos y vertiendo flores, aparece esplendoroso y lozano, pintando un cuadro lleno de vida y movimiento, de toques vigorosos y prodigiosos efectos de luz. Una y otra son también las más dulces.

Una palabra aún antes de terminar.

Á pesar del indisputable mérito que este libro encierra, y que soy el primero á reconocer, he de confesar que si á escoger me dieran entre los versos de la autora, preferiría sin duda alguna los gallegos. En esta preferencia, no sólo tendría grandísima parte del natural cariño que profeso á mi tierra y á cuanto á ella pertenece, sino también la mayor dulzura y sentimiento, que son el distintivo de las rimas gallegas de nuestra poetisa. No quiero disminuir el valer de las presentes poesías, antes por el contrario, lo admiro y reconozco; pero enamórame, sobre todo, cuanto es, como por acá decimos, *amorosiño* y tierno.

En el amante nido donde vive, reciba el *ruiseñor gallego* mi saludo cariñoso, ¡y quiera el cielo que mi tosca pluma tenga todavía nueva ocasión de celebrar sus trinos y gorjeos!

J. Barcia Caballero.

Santiago, febrero de 1885.

UNA PRECURSORA

La fama de Rosalía Castro se funda en dos libros: *Cantares gallegos* y *Follas novas*. En ellos, la dulce habla regional de suavísimas inflexiones, con sus giros llenos de encanto, con sus diminutivos mimosos, es intérprete de una poesía honda, llena de amor, que se traduce en nostalgias, ó de piedad, que, á las veces, llega á convertirse en odio. Los *Cantares* son el alma de Galicia, tierra verde, jugosa y húmeda, mozas de clara hermosura y de maravillosa perfección corporal, mozos rudos, con una rudeza ribeteada de malicias; vida penosa de trabajo, escasez constante, usura, emigración. Las *Follas novas* son el alma de Rosalía, depurada y sublimada entre todas las espinas de la aflicción, terreno fecundo que produce sin cesar flores de esperanza arrancadas de pronto por una mueca de escepticismo, por un grito de desesperación; alma lírica y sonora que vibra según la impresión del momento.

El lirismo, cualidad excelsa de los poetas grandes,

de los que saben expresar directamente su alma, es cualidad predominante en Rosalía Castro. El elemento anecdótico no entra para nada en sus poesías, ó, por mejor decir, todas ellas son anécdotas espirituales.

Esta misma fuerza de profundo subjetivismo tiene otro libro suyo, menos conocido, y de él quiero hablar. Es el que encierra sus versos castellanos, uno de los más singulares de nuestra poesía. Se titula *En las orillas del Sar*, y se publicó en 1884. Del mismo año son algunos *Pequeños poemas*, de Campoamor; la *Pesca*, de Núñez de Arce, que ya había dado lo mejor de su ingenio; á la sazón Ferrari le pisaba los talones en *Pedro Abelardo*, también publicado entonces; Manuel del Palacio y José Velarde estaban en pleno florecimiento; Zorrilla rimaba deliciosamente composiciones de circunstancias. El libro de Rosalía era otra cosa. Cuando todos declamaban ó cantaban, ella se atrevía sencillamente á hablar. Cuando todos *cincelaban* el verso, ella dejaba á los suyos un no sé qué de flojo y espontáneo, que fué como embalsamarlos para que conservaran más tiempo la poesía. Cuando todos se ceñían al endecasílabo y al octosílabo, con los otros versos que desde siempre se les combinaban, y á lo más empleaban el alejandrino zorrillesco, rico de acentuación, rotundo y sacudido, ella adoptaba metros inusitados y combinaciones nuevas.

De *suspirillos germánicos* hubiera calificado Núñez de Arce la mayor parte de las composiciones caste-

llanas de Rosalía, sin perjuicio de admirar sus similares gallegas; porque en éstas, al hacer literaria un habla popular, todo estaba permitido, al paso que en las otras había reglas sagradas que observar.

De absurda y desgraciada debió calificarse entonces la suplantación del heptasílabo por el octosílabo en combinación con el verso de once sílabas, contra lo que era uso :

Todo lo ves, y todos los mortales
    Cuantos en el mundo habitan,
En busca del alivio de sus males,
    Tu blanca luz solicitan.
Unos para consuelo de dolores;
    Otros tras de ensueños de oro
Que con vagos y tibios resplandores
    Vierte tu rayo incoloro.
Y otros, en fin, para gustar contigo
    Esas venturas robadas,
Que huyen del sol, acusador testigo,
    Pero no de tus miradas.

Y el mismo octosílabo, combinándose en muchas composiciones del libro, también contra lo corriente, con el verso de diez, que sólo se empleaba con el de seis y el de doce sílabas :

Á través del follaje perenne
Que oir deja rumores extraños,
Y entre un mar de ondulante verdura,
Amorosa mansión de los pájaros,
    Desde mis ventanas veo
    El templo que quise tanto.

El templo que tanto quise...
Pues no sé decir ya si le quiero,
Que en el rudo vaivén que sin tregua
Se agitan mis pensamientos,
Dudo si el rencor adusto
Vive unido al amor en mi pecho.

Y no son sólo estas combinaciones llenas de armonía nueva lo que hoy nos asombra en el libro de Rosalía Castro. En él aparecen metros enteramente nuevos entonces: el verso de nueve sílabas, como hemistiquio de uno de diez y ocho, de esta manera:

Su ciega y loca fantasía corrió arrastrada por el vértigo,
Tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.
Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,
Cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siempre.
Mas aun sin alas, cree ó sueña que cruza el aire, los es-
[pacios,
Y aun entre el lodo se ve limpio cual de la nieve el copo
[blanco.

El de diez y seis, formado por dos hemistiquios de á ocho, verso que sólo se personaliza por la regularidad de los acentos, úsalo Rosalía tal como lo emplean nuestros poetas de hoy:

¡Pensamientos de alas negras! Huid, huid azorados,
Como bandada de cuervos por la tormenta acosados,
Ó como abejas salvajes en quien el fuego hizo presa;
Dejad que amanezca el día de resplandores benditos,
En cuya luz se presienten los placeres infinitos...
¡Y huid con vuestra perenne sombra que en el alma pesa!

¡Pensamientos de alas blancas! Ni gimamos ni roguemos
Como un tiempo, y en los mundos luminosos penetremos,
En donde nunca resuena la débil voz del caído,
En donde el dorado sueño para en realidad segura,
Y de la humana flaqueza sobre la inmensa amargura
Y sobre el amor que mata sus alas tiende el olvido.

Y, sobre todo, el verso alejandrino, reconquistado y llevado á punto de flexibilidad por los poetas modernos de España, quitándole las ligaduras con que lo domeñó el maravilloso Zorrilla, y haciéndole apto, no sólo para el alto vuelo ditirámbico, sino para toda sensación y todo matiz, el verso alejandrino triunfa en Rosalía Castro, que casi siempre lo asonanta, en toda su íntima y humana amplitud. Leed estas estancias, que pueden compararse por la técnica y aun por el pensamiento á algunas de Rubén Darío en *Cantos de vida y esperanza;* que pueden competir con las mismas *Stances,* de Juan Moreas, creación de las más puras y perfectas en la poesía francesa contemporánea :

De la vida entre el múltiple conjunto de los seres,
No, no busquéis la imagen de la eterna belleza,
Ni en el contento y harto seno de los placeres,
Ni del dolor acerbo en la dura aspereza.
Ya es átomo impalpable ó inmensidad que asombra;
Aspiración celeste, revelación callada;
La comprende el espíritu y el labio no la nombra,
Y en sus hondos abismos la mente se anonada.

Esta imagen de la eterna belleza es la que buscó

siempre, la que vislumbró á ratos la excelsa Rosalía. Su poética, por lo mismo que es toda interior, por lo mismo que huye de toda pompa y exuberancia, porque es vestidura de un sentimiento y no llamativo dizfraz de un inerte maniquí, parece haber formulado mucho antes de que Verlaine fuera conocido (*Jadis et Naguère* es también de 1884) aquel precepto del *Arte poética* verleniana:

Prends l'éloquence et tords-lui son cou!

Y al abandonar el arte amplio de orquestación sonora y algo hueca, haber adivinado, traduciéndolo en suaves melodías rotas, en acordes extraños y personalísimos. el otro principio:

De la musique avant toute chose.

Música es lo que hay, ante todo, en los versos de Rosalía Castro. Su vaguedad, su imprecisión, que les ha hecho sufrir el dictado de nebulosos y germanizados, proviene de ahí. Síntesis profundas de sentimiento son las composiciones de *En las orillas del Sar*. Al ensueño ó al dolor de cada uno se adaptan fácilmente, como un andante de Beethoven ó un trozo de Schumann.

Su parentesco con Bécquer y con Heine no se puede negar. Es de la misma familia poética; como lo son también Julio Laforgue y Verlaine, el Verlaine de la *Bonne Chanson* y de *Romances sans paroles*. Pero la poetisa gallega, que es más varonil que Bécquer, tiene dignamente un lugar propio. Carece de

ironía, aunque á veces llegue al sarcasmo; y hay en ella menos ternura que pasión. Espíritu apasionado debió ser el suyo, extremado en amores y en odios; de su choque con las dificultades y las tormentas del vivir saltaron, como espuma, las composiciones de sus *Follas novas* y las que llenan su libro castellano.

Hay que dar á Rosalía, entre nuestros poetas, un lugar eminente. Hay que reconocer que nadie como ella fundió su espíritu en el crisol de la estrofa, y que de la abundancia de su inspiración nacieron sus extraordinarias adivinaciones métricas. Y los poetas de hoy, los que van dejando de llamarse modernistas, los que quieren decir cosas del alma en versos que sólo obedezcan á una ley interior de armonía, formulada por cada uno en cada caso, han de ver una precursora en la mujer extraordinaria que escribió, sin preocupaciones, dejando libres á su inspiración y á su técnica, el libro titulado *En las orillas del Sar*.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO.

Madrid, 1908.

ÍNDICE

BIBLIOTECA GALLEGA

Á 3 pesetas tomo.

OBRAS PUBLICADAS

Los Precursores, por D. Manuel Murguía.

Aires d'a miña terra, por Curros Enríquez.

El idioma gallego, por D. Antonio de la Iglesia.—Tres tomos.

Soaces d'un vello (poesías gallegas), por D. Benito Losada.

Queixumes dos pinos (poesías gallegas), por D. Eduardo Pondal.

Historia crítica de la literatura gallega, por D. Augusto G. Besada.—Volúmenes I y II.

Varones ilustres de Galicia, por D. José Pardiñas Villalobos, con un prólogo de D. A. Martínez Salazar.

Elogio del P. M. Feijóo, por D. Marcelo Macías y García, con un prólogo del Dr. D. Juan Francisco Miguélez, y la biografía del autor, por D. Andrés Martínez Salazar.

La campaña de Ultramar (novelas), por D. Aurelio Ribalta.

La propiedad foral en Galicia, por D. Eduardo Vincenti, con un prólogo de D. Joaquín Díaz de Rábago, y el proyecto de ley de Redención de foros, del Excelentísimo Sr. D. Eugenio Montero Ríos.

Ocios de camarote (colección de cuentos cortos), por D. Joaquín de Arévalo, con un prólogo del Excelentísimo Sr. D. Leandro de Saralegui y Medina.

Estudios sobre Galicia, por D. Leandro de Saralegui y Medina.

Poesías selectas (gallegas y castellanas), por D. José María Posada, con un prólogo de D. José de Santiago.

Caldo gallego, por D. Juan Neira Cancela.

Artículos y novelas, por D. José Rodríguez Seoane, con un prólogo de D. Luis Rodríguez Seoane, y el retrato del autor.

El mundo rural, por D. José Ojea.

Chorimas (poesías gallegas), por D. Alberto García Ferreiro.

Esbozos y siluetas de un viaje por Galicia, por D. Lisardo Barreiro.

Sucesos militares de Galicia en 1809, por el coronel D. Manuel García del Barrio, con prólogo, notas y documentos por D. Andrés Martínez Salazar.

Cousas d'a aldea (versos gallegos), por D. Aureliano J. Pereira.

Leyendas, tradiciones y episodios históricos de Galicia, por D. Luciano Cid Hermida.

Ecos de mi patria, por D. Waldo Álvarez Insua.

Rimas (poesías gallegas), por D. Juan Barcia Caballero.

Los guerrilleros gallegos de 1809, por D. Manuel Pardo de Andrade, con un prólogo de D. A. Martínez Salazar.—Tomos I y II.

Primicias (poesías gallegas y castellanas), por D. Salvador Cabeza León.

Juvenilia (cuentos y novelas cortas), por D. Camilo Placer, con un prólogo de D. Manuel Murguía.

El último hijodalgo (cuentos y novelas), por D. Manuel Amor Meilán.

Folerpas (poesías gallegas), por D. Eladio Rodríguez González.

Crepusculares (poesías castellanas), por D.ª Emilia Calé, con un artículo de D. Victorino Novo.

Galicia, León y Asturias (viajes y monumentos), por D. Ramón Álvarez de la Braña, con un prólogo de D. Luis Rodríguez Seoane.

Contos da terriñá, por D. Heraclio Pérez Placer.

El Gran Gallego (Fr. Martín Sarmiento), por D. Antolín López Peláez.

Á Tecedeira de Bonaval, por D. Antonio López Ferreiro.

Por Galicia, por D. José Novo y García.

Recuerdos de Galicia (obras póstumas, I), por D. Teodosio Vesteiro Torres.

Poesías (obras póstumas, II), por D. Teodosio Vesteiro Torres.

O'pe das Burgas, por D. Francisco A. de Novoa.

Galicia en el último tercio del siglo XV, por D. Antonio López Ferreiro.—Dos tomos.

Fugaces (poesías), por D.ª Sofía Casanova.

Por las Rías Bajas, por D. Alfonso Pérez Nieva.

Poesías selectas, por D. Aurelio Aguirre Galarraga.

Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo, por don Antolín López Peláez.

Los Hidalgos de Monforte, por D. Benito Vicetto, con un prólogo de D. Nicolás Fort y Roldán.—Dos tomos.

OTRAS OBRAS GALLEGAS

	Pesetas.
Historia de Galicia, por D. Manuel Murguía. Cuatro tomos en 4.º........................	40,00
Don Diego Gelmírez, por D. Manuel Murguía. Un tomo en 4.º de 212 páginas.................	4,00
En prosa, por D. Manuel Murguía. En 8.º, 149 páginas..................................	2,00
Ferruxe, por D. Aurelio Ribalta................	1,25
Contiños, por D. Benito Losada................	1,00
Foguetes, por D. José P. Ballesteros...........	1,00
Poesías, por D. Alberto Camino................	1,50
Brujos y Astrólogos de la Inquisición de Galicia, por B. Barreiro........................	1,00
Menestra de tipos populares de Galicia, dibujados por Guisasola..........................	1,50
Guerra hispano-lusitana, por D. Benito F. Alonso. Premiado en La Coruña, Certamen de 1890. Folleto en 4.º..............................	2,00
Armas de Orense, por D. Benito F. Alonso. Folleto en 4.º................................	2,00
El río Limia, por D. Benito F. Alonso. Folleto en 8.º....................................	1,00
Los defectos del lenguaje en Galicia y en la provincia de León; estudio gramatical por D. Emilio Álvarez Jiménez. Folleto en 8.º...........	1,00
¡Non mais emigración! Apropóseto líreco-dramáteco en dous autos é sete cuadros, por don Ramón Armada Teixeiro. Música d'o compoñedor gallego D. Felisindo Rego. Folleto en 4.º	2,00
Sociedad gallega. Estudio jurídico sobre el contrato de compañía de familia, por D. Gumersindo Buján y Buján..........................	2,00

	Pesetas.
Antigüedades de Galicia, por D. Ramón Barros Sevelo. Un tomo en 4.° mayor de 215 páginas, con láminas y mapa........................	10,00
Historia de la Junta de defensa de Galicia, por D. Modesto Castilla. Un tomo en 8.°.........	3,50
Un drama en Cambre, por Ricardo Caruncho....	2,00
La literatura gallega en el siglo XIX. Seguida de una Antología y Apéndices, por D. Eugenio Carré Aldao. Coruña, 1903. Un tomo en 4.°...	3,00
Rayolas. Verso y prosa, por D. Eugenio Carré Aldao. En 8.° mayor...........................	2,00
Crónica Troyana. Códice gallego del siglo XIV, con apuntes gramaticales y vocabulario. Dos tomos en folio y un facsímil, en rústica.......	40,00
Diccionario Gallego, por D. Juan Cuveiro Piñol. El más completo en términos y acepciones de todo lo publicado hasta el día. Un tomo en 4.°	5,00
Galicia humorística. Revista quincenal de costumbres, cuentos, agudezas, anécdotas y tipos gallegos; novelas homeopáticas y poemas festivos; ciencias y artes (desde el punto de vista cómico); acertijos, cantos populares, charadas y jeroglíficos.—Tomo I.—Un tomo en 4.° de 384 páginas. Santiago (Galicia), 1888..........	3,00
De La Coruña á la Cárcel, pasando por Galicia, por D. Salvador Golpe, con prólogo de D. José Rodríguez Carracido. Un tomo en 4.°.	3,50
Fueros municipales de Santiago y su tierra, por D. Antonio López Ferreiro. Dos tomos en 4.° mayor de cerca de 400 páginas cada uno......	10,00
Horas perdidas, por D. Manuel Lois Vázquez. Coruña, 1899. En 4.°, 87 páginas.............	2,00
De Galicia. Discursos de carácter regional, por D. Marcelo Macías y García. Un tomo en 8.°.	3,00

	Pesetas.
El Señorio temporal de los Obispos de Lugo, por el Ilmo. Dr. D. Antolín López Peláez. Dos tomos en 8.º..................................	5,00
La resistencia gallega, por D. Carlos Martínez Esparís. Folleto en 4.º.........................	2,50
Poetas religiosos inéditos del siglo XVI. Sacado á luz con noticias y aclaraciones, por D. Marcelo Macías y García. Un tomo en 4.º........	3,00
Flora descriptiva é ilustrada de Galicia, por el Rvdo. P. Baltasar Merino. Dos tomos en 4.º de más de 600 páginas cada uno................	18,00
La compañía familiar gallega, por D. Manuel Montero Lois. Folleto de 130 páginas........	2,00
Los trovadores gallegos (no puesto á la venta), por D. Manuel Muyuca. Folleto en 4.º de 52 páginas....................................	3,00
Monografía sobre la poesía popular gallega, por D. Manuel Núñez González. Folleto de 74 páginas....................................	1,00
Salayos (versos gallegos), por D. Manuel Núñez González. Un tomo en 4.º....................	2,00
Perucho. Poema en seis cantos, por D. Ramón Pérez Costales; prólogo de D.ª Emilia Pardo Bazán..	3,00
Ligeros apuntes sobre las supersticiones de Galicia, por D. Jesús Rodríguez López. Folleto de 144 páginas................................	2,00
Odas de Anacreonte, traducidas ao gallego por D. Florencio Vaamonde. En 8.º.............	1,50
Resume da Historia de Galicia, por D. Florencio Vaamonde. Un tomo en 8.º...............	1,50
Os galaicos. Poema en catro cantos, por D. Florencio Vaamonde. Folleto en 8.º............	1,00
Á Fonte do Xuramento, drama de costumes ga-	

Pesetas.

llegas en dous autos, en verso, por D. Francisco María de la Iglesia y González............ 1,50

OBRAS NUEVAS

Cuentos de Abades y de aldea, por Prudencio Canitrot, prólogo de D. Manuel Murguía..... 3,00

Elementos de Gramática histórica gallega, escrita por D. Vicente García de Diego con arreglo á los más recientes métodos de la Filología histórica. — Burgos, 1909. — 200 páginas...... 6,00

El Maestre de Santiago.—El Padre Feijóo.—Poesías escogidas, por Curros Enríquez...... 3,00

Próximo á publicarse.

De las obras completas de D.ª Rosalía de Castro:

Follas novas.
Cantares gallegos.
El Caballero de las botas azules.

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos.

	Tomos.
Homero: *La Ilíada*	3
— *La Odisea*	2
Herodoto: *Los nueve libros de la Historia*	2
Plutarco: *Las vidas paralelas*	5
Aristófanes: *Teatro completo*	3
Esquilo: *Teatro completo*	1
Poetas bucólicos griegos: *(Demócrito, Bión y Mosco)*	1
Xenofonte: *Historia de la entrada de Cyro en Asia*	1
— *La Cyropedia*	1
— *Las Helénicas*	1
Luciano: *Obras completas*	4
Píndaro: *Odas*	1
Arriano: *Las Expediciones de Alejandro*	1
Poetas líricos griegos: *(Anacreonte, Safo, Tirteo,* etc.)	1
Polibio: *Historia romana*	3
Platón: *La República*	2
— *Diálogos* (en publicación)	»
Diógenes Laercio: *Vidas de los filósofos más ilustres*	2
Moralistas griegos: *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epícteto, Cebes)*	1
Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*	2
Josefo: *Guerras de los judíos*	2
Isócrates: *Oraciones políticas y forenses*	2
Eurípides: *Tragedias*	3

Clásicos latinos.

Virgilio: *La Eneida*	2
— *Las Églogas y Geórgicas*	1
Cicerón: *Obras didácticas*	2
— *Obras filosóficas*	4
— *Epístolas familiares*	2
— *Cartas políticas*	2
— *Vida y discursos*	7
Tácito: *Los Anales*	2
— *Las Historias*	1
Salustio: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*	1
César: *Los Comentarios á la guerra de las Galias*	2
Suetonio: *Vidas de los doce Césares*	1
Séneca: *Tratados filosóficos*	2
— *Epístolas morales*	1
Ovidio: *Las Heroidas*	1
— *Las Metamorfosis*	2
Floro: *Compendio de la historia romana*	1
Quintiliano: *Instituciones oratorias*	2
Quinto Curcio: *Vida de Alejandro*	2
Estacio: *La Tebaida*	2

Tomos.

Lucano: *La Farsalia*........ 2
Tito Livio: *Décadas de la Historia romana*........ 7
Tertuliano: *Apología contra los gentiles*........ 1
Varios: *Escritores de la Historia Augusta*........ 3
Marcial y Fedro: *Epigramas y fábulas*........ 3
Terencio: *Las seis comedias*........ 1
Apuleyo: *El asno de oro*........ 1
Plinio el Joven y Cornelio Nepote: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres*........ 2
Juvenal y Persio: *Sátiras*........ 1
Aulo Gelio: *Noches áticas*........ 2
San Agustín: *La Ciudad de Dios*........ 4
Ammiano: *Historia del imperio romano*........ 2
Lucrecio: *De la naturaleza de las cosas*........ 1

Clásicos españoles.

Cervantes: *Novelas ejemplares* y *Viaje del Parnaso*........ 2
— *D. Quijote de la Mancha*, con el comentario de Clemencín........ 8
— *Teatro completo*........ 3
Calderón: *Teatro selecto*........ 4
Hurtado de Mendoza: *Obras en prosa*........ 1
Quevedo: *Obras satíricas y festivas*........ 1
— *Obras políticas é históricas*........ 2
— *Política de Dios*........ 1
Quintana: *Vidas de españoles célebres*........ 2
Duque de Rivas: *Sublevación de Nápoles*........ 1
Alcalá Galiano: *Recuerdos de un anciano*........ 1
Melo: *Guerra de Cataluña*........ 1
Varios: *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo........ 13
Colón: *Relaciones y cartas*........ 1
Fernando de Rojas: *La Celestina*........ 1

Clásicos ingleses.

Macaulay: *Estudios literarios*........ 1
— *Estudios históricos*........ 1
— *Estudios políticos*........ 1
— *Estudios biográficos*........ 1
— *Estudios críticos*........ 1
— *Estudios de política y literatura*........ 1
— *Discursos parlamentarios*........ 1
— *Vidas de Políticos ingleses*........ 1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*........ 4
— *Historia del Reinado de Guillermo III*........ 6
Milton: *El Paraíso perdido*........ 2
Shakespeare: *Teatro selecto*........ 8

Clásicos italianos.

Manzoni: *Los Novios*........ 1
— *La Moral católica*........ 1
— *Tragedias, poesías y obras varias*........ 2
Guicciardini: *Historia de Italia*........ 6
Maquiavelo: *Obras históricas*........ 2
— *Obras políticas*........ 2
Benvenuto Cellini: *Su vida, escrita por él mismo*........ 2
Tasso: *La Jerusalem libertada*........ 2

Clásicos alemanes.

	Tomos.
SCHILLER: *Teatro completo*	3
— *Poesías líricas*	2
HEINE: *Poemas y fantasías*	1
— *Cuadros de viaje*	2
GOETHE: *Viaje á Italia*	2
— *Teatro selecto*	2
HUMBOLDT: *Colón y el descubrimiento de América*	2

Clásicos franceses.

LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*	2
BOSSUET: *Oraciones fúnebres*	1

Clásicos portugueses.

CAMOENS: *Los Lusíadas*	1
— *Poesías selectas*	1

Sánscrito.

Panchatantra, traducido por Alemany	1

OBRAS DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE

Trafalgar.
La Corte de Carlos IV.
El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.
Bailén.
Napoleón en Chamartín.
Zaragoza.
Gerona.
Cádiz.
Juan Martín el Empecinado.
La batalla de los Arapiles.

SEGUNDA SERIE

El equipaje del Rey José.
Memorias de un cortesano de 1815.
La segunda casaca.
El Grande Oriente.
7 de Julio.
Los cien mil hijos de San Luis.
El terror de 1824.
Un voluntario realista.
Los Apostólicos.
Un faccioso más y algunos frailes menos.

TERCERA SERIE

Zumalacarregui.
Mendizábal.
De Oñate á la Granja.
Luchana.
La campaña del Maestrazgo.
La Estafeta romántica.
Vergara.
Montes de Oca.
Los Ayacuchos.
Bodas Reales.

CUARTA SERIE

Las tormentas del 48.
Narváez.
Los duendes de la camarilla.
La Revolución de Julio.
O'Donnell.
Aita Tettauen.
Carlos VI en la Rápita.
La vuelta al mundo en la «Numancia».
Prim.
La de los tristes destinos.

QUINTA SERIE

España sin Rey.
España trágica.

Cada uno de los tomos anteriores se venden sueltos en rústica al precio de **2** pesetas volumen.

Pero deseando facilitar los medios de coleccionar esta hermosa serie de novelas históricas, se han confeccionado unas tapas alegóricas con las cuales se encuadernan en un tomo dos volúmenes, siempre conservando su orden correlativo.

Precio de cada dos volúmenes encuadernados en un tomo, **5** pesetas.

Se venden tapas sueltas á **una** peseta.

Guerra de la Independencia. Extracto de la primera serie, para los niños, **2** pesetas.

Novelas á 2 pesetas tomo.

Doña Perfecta.
Gloria (primera parte).
Gloria (segunda parte).
Marianela.
La familia de León Roch (primera parte).
La familia de León Roch (segunda parte).
La Fontana de Oro.
El Audaz.
La Sombra.
Memoranda.

Novelas á 3 pesetas tomo.

La Desheredada (primera parte).
La Desheredada (segunda parte).
El amigo Manso.
El Doctor Centeno (primera parte).
El Doctor Centeno (segunda parte).
Tormento.
La de Bringas.
Lo prohibido (primera parte).
Lo prohibido (segunda parte).
Fortunata y Jacinta (primera parte).
Fortunata y Jacinta (segunda parte).
Fortunata y Jacinta (tercera parte).
Fortunata y Jacinta (cuarta parte).
Miau.
La incógnita.
Realidad.
Angel Guerra (primera parte).
Angel Guerra (segunda parte).
Angel Guerra (tercera parte).
Tristana.
La loca de la casa.
Torquemada en la hoguera.
Torquemada en la cruz.
Torquemada en el Purgatorio.

Torquemada y San Pedro.
Nazarín.
Halma.
Misericordia.
El Abuelo.
Casandra.

Comedias y dramas á 2 pesetas tomo.

Realidad (drama).
La loca de la casa (comedia).
La de San Quintín (comedia).
Los Condenados (drama).
Voluntad (comedia).
Doña Perfecta (drama).
La fiera (drama).
Electra (drama).
Alma y vida.
Mariucha.
Bárbara.
Amor y Ciencia.
Pedro Minio.

OBRAS DE D. JACINTO BENAVENTE

Á **3,50** PESETAS TOMO

Cartas de mujeres.
Figulinas.
Vilanos.
Teatro fantástico.

TEATRO

Tomo I. Contiene: *El nido ajeno, Gente conocida, El marido de la Téllez* y *De alivio.*

Tomo II. Contiene: *Don Juan, La Farándula, La comida de las fieras* y *Teatro feminista.*

Tomo III. Contiene: *Cuento de amor, Operación quirúrgica, Despedida cruel, La Gata de Angora, Viaje de instrucción* y *Por la herida.*

Tomo IV. Contiene: *Modas, Lo cursi, Sin querer* y *Sacrificios.*

Tomo V. Contiene: *La Gobernadora* y *El primo Román.*

Tomo VI. Contiene: *Amor de amar, ¡Libertad!* y *El tren de los maridos.*

Tomo VII. Contiene: *Alma triunfante, El automóvil* y *La noche del sábado.*

Tomo VIII. Contiene: *Los favoritos, El hombrecito, Mademoiselle de Belle-Isle* y *Por qué se ama.*

Tomo IX. Contiene: *Al natural, La casa de la dicha* y *El Dragón de fuego.*

Tomo X. Contiene: *Richelieu, La princesa Bebé* y *No fumadores.*

Tomo XI. Contiene: *Rosa de otoño* y *Buena boda.*

Tomo XII. Contiene: *El susto de la Condesa, Cuento inmoral, La sobresaliente* y *Los malhechores del bien.*

Tomo XIII. Contiene: *Las cigarras hormigas* y *Más fuerte que el amor.*

Tomo XIV. Contiene: *Manón Lescaut, Los Buhos* y *Abuela y Nieta.*

Tomo XV. Contiene: *La Princesa sin corazón, El amor asusta, La copa encantada* y *Los ojos de los muertos.*

Tomo XVI. Contiene: *La sonrisa de Gioconda, La historia de Otelo, El último minué, Todos somos unos* y *Los intereses creados.*

Tomo XVII. Contiene: *Señora ama, El marido de su viuda* y *La fuerza bruta.*

Tomo XVIII. Contiene: *De pequeñas causas..., Hacia la verdad, Por las nubes, De cerca* y *¡Á ver qué hace un hombre!*

OBRAS DE PÍO BAROJA

LA VIDA FANTÁSTICA

	Pesetas.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox	3,00
Paradox, Rey	3,00
Camino de Perfección	3,00

LA LUCHA POR LA VIDA

La Busca	3,50
Mala Hierba	3,50
Aurora Roja	3,50

EL PASADO

La Feria de los Discretos	3,50
Los Últimos Románticos	3,00
Las Tragedias Grotescas	3,00

LA RAZA

La Dama Errante	3,00
La Ciudad de la Niebla	3,00

TIERRA VASCA

La Casa de Aizgorri	3,00
El Mayorazgo de Labraz	3,00

CUENTOS Y ARTÍCULOS

Vidas Sombrías	2,00
Idilios Vascos	0,75
El Tablado de Arlequín	1,00



